

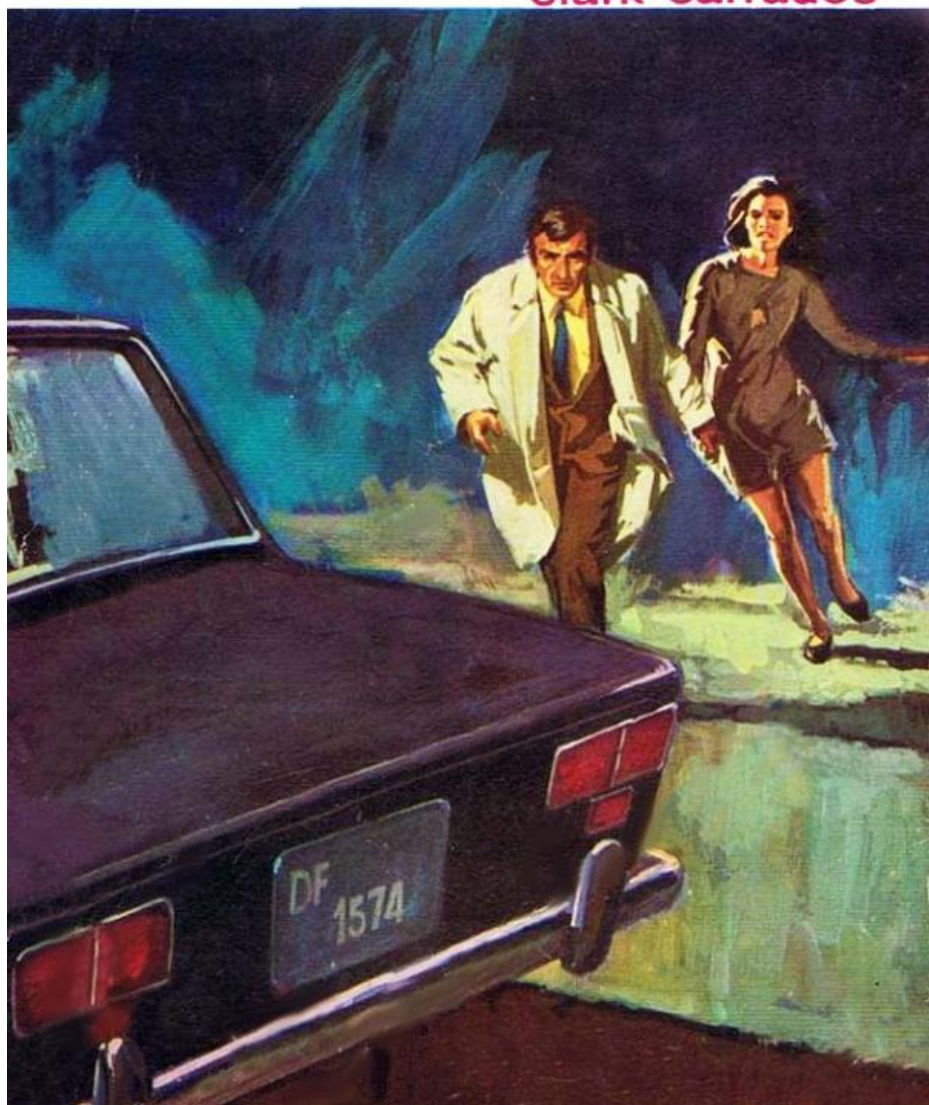
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

¡no te duermas o morirás!

clark carrados



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

¡NO TE DUERMAS O MORIRAS!

Colección PUNTO ROJO n.º 472

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B. 12.173 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1971

© CLARK CARRADOS - 1971

sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1971

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
1.208 — Puente sobre la sangre.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.063 — El cuarteto de la muerte.
- En Colección BUFALO:
890 — Aguila con pistolas.
- En Colección CALIFORNIA:
755 — Río de pasión.
- En Colección COLORADO:
703 — Pie silencioso.
- En Colección KANSAS:
657 — El cañonero.
- En Colección BRAVO OESTE:
526 — Bancarrota a tiros.
- En Colección PUNTO ROJO:
470 — Doce estrellas de sangre.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
766 — Piratas de tierra adentro.
- En Colección ASES DEL OESTE:
625 — Tierra fecunda.
- En Colección BISONTE, SERIE AZUL:
16 — Socio de armas tomar.

CAPÍTULO PRIMERO

El coche que se detuvo ante la casa era de aspecto corriente y fabricado dos o tres años antes. El conductor vestía ropas oscuras, sombrero negro y llevaba también guantes negros.

Apagó las luces del coche, pero dejó el motor en marcha. El conductor era hombre a quién le gustaban las cosas bien hechas y por eso tenía el motor en perfecta puesta a punto, lo que significa que apenas se oía a dos pasos de distancia.

Durante unos segundos estuvo contemplando atentamente la casa que había al otro lado de un pequeño jardín que terminaba justamente en el borde de la acera. Era la casa típica del hombre próspero, con unos buenos ingresos, aunque no excesivamente altos. Seguramente, habría dos coches en el garaje y una piscina al otro lado del edificio.

El conductor sacó una pistola y le acopló un largo silenciador. Después se apeó del automóvil y caminó hacia la casa, llevando el arma pegada al costado derecho.

Había luz en un par de ventanas de la casa. Sus habitantes pronto se irían a dormir. Los niños, seguramente, lo habían hecho ya.

El hombre de negro llegó ante la puerta y llamó con el índice izquierdo. Dentro de la casa sonó un agradable «ding-dong» y casi en el acto una voz masculina:

—No te molestes, querida; yo abriré.

Sonaron pasos. La puerta se abrió.

Un hombre apareció bajo el dintel.

—¿Qué desea...?

Fue todo lo que pudo decir. A un palmo de distancia de su pecho, la pistola escupió un sordo estampido. Luego, dos más, todos muy seguidos.

Los ojos del dueño de la casa se abrieron desmesuradamente al recibir el primer balazo. El tercer proyectil lo arrancó literalmente del suelo, lanzándolo a tres pasos de distancia.

El asesino dio media vuelta y escapó. Cuando se sentaba ante el volante, se oyó dentro de la casa un chillido desgarrador, salido de una garganta femenina.

El hombre que entró aquella mañana en el despacho del jefe de policía de Álamo Springs era de regular estatura, aunque no bajo en modo alguno, hombros anchísimos, mandíbula cuadrada y mirada resuelta. Bajo unas espesas cejas casi negras, destellaban dos ojos con pupilas que parecían sendos pedacitos de hielo.

El jefe de policía y su visitante se contemplaron recíprocamente durante unos segundos. Luego, el primero tendió la mano al segundo:

—Gracias, Rob —dijo—. Sabía que vendrías.

—Me llamaste y aquí estoy, Dink Stuart —contestó Robín Creed—. ¿Qué te pasa?

—Siéntate, Rob. ¿Café?

—Bueno.

Stuart se levantó. Antes de abandonar la mesa, entregó un periódico a su amigo.

—Entérate de la noticia principal de primera plana —indicó.

Mientras Creed leía el periódico, en donde, con grandes titulares, se daba cuenta de un asesinato, Stuart se acercó a una mesita auxiliar, en donde había un infernillo eléctrico con una cafetera encima. Llenó dos pocillos y entregó uno al visitante.

—Ya he leído la noticia —dijo Creed a los pocos momentos—. Aquí se habla del asesinato de un tal Jerry Peak, periodista.

—Sí. Lo mataron de tres balazos en el corazón, así como suena.

—El periódico dice que Peak estaba en camino de publicar un importante reportaje. ¿Qué sabes tú al respecto, Dink?

El policía reflexionó un instante.

—Peak era un buen periodista, no hay que negarlo —dijo al cabo—. Como todos los periodistas, entrometido, pero Peak lo era más.

—¿Y bien?

—Tenemos en la ciudad un importante personaje, un hampón de categoría, del que se sospechan muchas cosas turbias...

—Sin que, naturalmente, se le haya probado ni un solo delito —dijo Creed con ironía.

—Así es, Rob. Ya puedes imaginarte cuáles son las actividades de ese personaje, cuyo nombre, entre paréntesis, es el de Frank Batti. Pues bien, a lo que parece, Peak, investigando por su cuenta, había llegado a descubrir pruebas que permitirían destrozarse su organización y a él enviarlo un puñado de años a la «sombra». Batti, naturalmente, lo hizo asesinar.

—Por alguno de sus esbirros, naturalmente.

Stuart meneó la cabeza.

—Un asesino «importado» —puntualizó.

—Del que no hay el menor rastro.

—En absoluto. Mary, la viuda de Peak, dice que ni siquiera llegó a verlo. Únicamente vio el coche, cuando doblaba la próxima esquina, pero eso es todo.

—¿Qué hay de las pruebas encontradas por Peak? —preguntó Creed.

—Ni rastro. Hemos hablado con Mary y nos ha dicho que sabía que su esposo estaba en vías de hacer una importante revelación, pero que ni ella misma se lo dijo.

—Peak parecía ser un hombre importante en el periódico. Tendría secretaria, me imagino.

—No —contestó Stuart—. Era una especie de lobo solitario, pero como conseguía reportajes interesantes, el director le dejaba actuar. La gente devoraba con avidez las páginas que él escribía en el *Álamo Springs Times*.

—Comprendo —dijo Creed—. En suma, tú temes que el hampa llegue a apoderarse de la ciudad, dirigida, naturalmente, por Batti.

—De la ciudad y tal vez de algo más, Rob.

Stuart se lo dijo. Creed frunció el ceño.

—Resultaría muy desagradable, en efecto —convino.

—Imagínate, Rob. Por eso te llamé, para que investigues y llegues hasta el fondo.

—¿Con plena autoridad?

—En determinados aspectos, sí, pero no quiero que me pongas en un compromiso. Energía y diplomacia juntas. ¿Comprendes?

Creed sonrió.

—Sí, Dink —contestó.

—El asesinato de Peak ha levantado una oleada de indignación popular. Todos saben que fue Batti quien lo ordenó, pero también saben que legalmente no podemos hacer nada contra él. Pero el público quiere que acabemos con sus tropelías. Batti, sin embargo, es tipo listo y sabe que el tiempo pasa y la gente acaba por olvidarlo todo. También olvidarán a un periodista asesinado.

—Voy entendiéndote, Dink. Está bien, procuraré sacarte de apuros y borrar del mapa a Batti. Dices que fue asesino profesional el que liquidó a Peak, ¿no?

—En efecto. Ese hombre, lógicamente, no vive en Álamo Springs, y vino aquí contratado por Batti. Se le facilitaron todos los antecedentes de Peak y, llegado el momento, actuó.

—Con funestas consecuencias para un periodista entrometido —dijo Creed pensativamente.

—Y también para ti, si Batti recelase lo suficiente como para estimarte hombre peligroso.

Creed se echó a reír.

—Dink, sospecho que no me has llamado para pagarme unas vacaciones —exclamó jovialmente.

—Ni mucho menos, Rob. Tendrás que correr graves riesgos, pero sé que saldrás adelante —aseguró el jefe de policía.

—Dime, Dink, Batti y sus hombres, ¿son más peligrosos que los vietcongs?

Stuart se estremeció.

—No me recuerdes aquel horrible país —dijo—. Pasé allí dieciocho infernales meses y no repetiría la experiencia por todo el oro del mundo. Pero no puedo olvidar que debo la vida al sargento Creed, de la Compañía Charlie.

—De la cual eras tú un hábil y valeroso comandante, cuya astucia no cedía a la del enemigo.

—Sí, pero ahora todas esas cualidades se estrellan contra la estrategia de reptil que usa Batti.

—¿Y crees que yo saldré adelante?

—Lo que has hecho después de volver de Indochina, así me lo demuestra. Además, en muchas ocasiones, podrás prescindir de requisitos que nosotros nos vemos obligados a observar inexorablemente.

—Eso ya lo entiendo un poco mejor —sonrió Creed—. ¿Cuál es la principal actividad de Batti?

—Aparte de la extorsión y el chantaje, cuando se presenta, es el propietario del Funny Club, un establecimiento de lujo, con fama bien ganada, desde luego, y que le proporciona pingües ganancias.

—Lo tendré en cuenta, Dink. Supongo que podrás decirme cuáles son los principales esbirros de Batti, no camareros, *barman* y gente de inferior ralea, sino los tipos que pegan palizas y hasta tiran de pistola cuando es necesario.

Le alargó Dink una relación.

Creed leyó una lista, en la que aparecían siete nombres. Después de estudiarla unos segundos, se la guardó en el bolsillo.

—De acuerdo, Dink. ¿Algo más?

—Oficialmente, esos tipos están encargados de mantener el orden dentro del local, salvo el primero, su secretario personal.

—Más claro, son sus matones.

—Sí, Rob. Tipos duros, peligrosos, roqueños.

Creed volvió a reír.

—Dink, tú estuviste dieciocho meses enfangado en Vietnam. Yo permanecí más de dos años. Después de lo que pasamos en aquel infierno, ¿qué hombre hay peligroso para nosotros?

—Aparentemente, ninguno, pero te daré un consejo, Rob. Mientras estés en Álamo Springs, actúa como si te encontrases en una selva vietnamita... o tendré que acompañar tu ataúd al cementerio —recomendó estremecedoramente el jefe de policía.

—Eso significa que tendré que estar en todo momento con los ojos bien

abiertos, Dink.

—Hasta cuando estés durmiendo —concluyó Stuart.

CAPÍTULO II

Robín Creed salió bastante preocupado de su entrevista.

Según como se mirase, era una misión agradable. Pero no podía olvidar las últimas palabras que le había dirigido su amigo y antiguo comandante de compañía.

«Tener los ojos abiertos incluso durmiendo», se dijo.

Mal estaban las cosas en Álamo Springs, pensó. Y, sobre todo, lo más preocupante eran las intenciones de Batti respecto a la fábrica.

Había en Álamo Springs una fábrica en donde se elaboraban piezas de interés estratégico. Batti quería apoderarse de ellas. ¿Solo por acumular riquezas?

Anocheía ya. Creed pensó en buscar un restaurante para consumir una buena cena. Más tarde, iría al Funny Club, a explorar el panorama.

Dejó el coche junto a la acera. Se tocó los bolsillos y halló que estaba sin tabaco.

Cerca de él había una droguería donde se vendía de todo. Entró y se acercó a una de las máquinas automáticas.

Mientras introducía las monedas en la ranura, oyó una protesta a sus espaldas.

—Esto es indignante. La semana pasada me pidieron solo quince dólares.

—Es la nueva cuota, viejo —contestó alguien con sorna—. El coste de la vida sube de una manera bárbara y es preciso hacer algo para afrontar los gastos.

Un hombre colocó sobre el mostrador dos billetes de a diez dólares con un fuerte golpe.

—Lléveselos —dijo el tendero—. Ojalá fuesen una bomba para ese bandido de Frank Batti.

—Cuidado, viejo, o le romperemos los pocos dientes que le quedan —contestó el mismo tipo amenazadoramente—. Y ahora, como nos ha hecho hablar demasiado, pónganos dos cervezas para refrescar el gaznate.

—Buena idea, Trevor —dijo otro individuo.

«Trevor Davis —recordó Creed inmediatamente—. Uno de los matones de confianza de Batti».

Sosegadamente, abandonó la droguería. Pero no volvió a su coche.

Los dos rufianes salieron a los pocos minutos y se acomodaron en su automóvil. Davis dio a la llave de contacto y el vehículo arrancó.

Cinco segundos más tarde, se oyó una voz que procedía del asiento posterior:

—Siga recto hasta que yo se lo indique, Davis. Los dos deberán tener en cuenta que les estoy apuntando con un arma y que enviaré al infierno al primero que haga un gesto sospechoso.

La sorpresa de los rufianes fue total. Uno de ellos se volvió y divisó en el asiento posterior una sombra humana, de la que destacaba un revólver de aspecto pavoroso. El individuo tenía puestas unas grandes gafas de color, lo que le hacía prácticamente inidentificable.

—¿Quién es usted?

—¡A callar! —ordenó Creed—. Davis, recto o disparo.

Las manos del conductor se crisparon sobre el volante. Él y su compañero estaban aturridos, incapaces de reaccionar.

El coche abandonó la ciudad y siguió por la carretera, hasta que Creed divisó un camino lateral, que se perdía por los campos.

—¡Derecha! —ordenó.

Davis obedeció puntualmente. Creed se inclinó hacia delante, puso el revólver en la nuca del otro y le quitó una pistola. Luego hizo lo mismo con el conductor.

—Pare.

Davis frenó. Antes de que el coche se detuviera. Creed había saltado ya al suelo.

—Apéense con las manos en alto —ordenó.

Aunque había abundancia de vegetación, la luna, en: creciente, permitía una buena visibilidad.

—Está bien —dijo Creed—. Uno de los dos es Davis. ¿Cómo se llama el otro?

—Tom Ligg —contestó hoscamente el aludido.

—Muy bien, era lo que me faltaba saber. Ahora quítense las ropas, totalmente. ¡Vamos, pronto!

Los pandilleros vacilaron. Creed no se inmutó.

Sacó un silenciador y lo acopló al cañón de su re—; volver. Luego hizo un disparo.

Ligg pegó un salto.

—El próximo irá entre los dos ojos —advirtió Creed fríamente.

Ya no hizo falta una nueva orden. Los dos forajidos se atropellaron por quitarse las ropas.

—Zapatos y calcetines también —dijo Creed, inflexible.

Momentos más tarde, Davis y Ligg habían quedado en traje de Adán. Davis, furioso, extendió una mano.

—Escuche, amigo, usted no sabe con quién...

Se oyó un aullido de dolor. Creed acababa de golpearle en la boca con el cañón de su pistola.

Davis cayó de espaldas, perneando frenéticamente a causa del dolor que sentía. Instantes más tarde, Ligg recibía un golpe análogo.

—Sí sé con quién estoy tratando —dijo Creed—. Demasiado sé que trato con dos canallas, a los cuales tendré el placer cualquier día de estos de meterles un balazo en la barriga.

Ya no dijo más. Recogió los ropajes, giró sobre sus talones, se metió en el coche y arrancó de aquel lugar antes de que los dos doloridos pistoleros hubiesen tenido tiempo de reaccionar.

A pocos kilómetros de la ciudad paró el coche en un lugar solitario y le pegó fuego. Acto seguido, emprendió el regreso a pie.

Un camionero amistoso le alivió de la andadura. Quince minutos más tarde, estaba saboreando la cena. Aunque con retraso, dejó los platos limpios.

* * *

Le quedaba tiempo para conocer el Funny Club. El local era ciertamente de categoría.

Creed entró y eligió una mesa cercana al escenario, donde media docena de chicas ligeritas de ropa interpretaban un animado número.

Pidió un doble de escocés. Después de las coristas, salió una cantante no menos ligera de ropa, cuya aparición dejó estupefacto a Creed.

Era una chica alta y delgada, pero con las suficientes curvas como para demostrar su exuberante femineidad. Creed recordaba muy bien aquel pelo de ala de cuervo y las pupilas verdes como esmeraldas.

«Vaya, quién lo dijera», murmuró complacidamente para sus adentros.

Escuchó a la cantante. Lo hacía bien, pero sin ser cosa del otro mundo.

«Sin micrófono y con más ropa, nadie le haría caso, salvo por el rostro», pensó Creed.

Realmente, Laura Hobart era muy bella. Creed se preguntó cómo habría podido ir a parar al Funny Club.

Laura Hobart interpretó tres canciones, después de lo cual se retiró, recibiendo como premio una salva moderada de aplausos. Creed no aplaudió, ya no estaba en su mesa.

Momentos después, llamaba a una puerta en la que figuraba el nombre de la artista. Ella abrió casi en el acto.

—Dígale al señor Batti que no... Oiga, ¿quién es usted?

—exclamó, sorprendida.

El visitante sonrió.

—Sargento Creed, cuarto pelotón, Compañía Charlie, Senda del

Demonio —dijo—. ¿Ya lo ha olvidado, Laura Hobart?

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—¡Cielos, usted es...!

—El sargento Creed, ahora licenciado. ¿Puedo pasar?

Laura vaciló un instante. Luego se echó a un lado.

—Entre, sargento —invitó—. Sí, me acuerdo de la Senda del Demonio. Pasé mucho miedo allí.

—En las emboscadas se pasa mucho miedo, señorita Hobart —confirmó Creed plácidamente.

—Pero usted salvó la situación —dijo ella.

—Eran solo unos pocos tiradores aislados. Me las había visto en peores, aunque eso me permitió conocerla a usted, de lo cual me alegro profundamente.

—Gracias, sargento. Si pudiera, le invitaría a una copa, pero no tengo bebidas en el camerino. No me gusta.

—Tampoco importa demasiado —sonrió Creed—. Es curioso que nos hayamos encontrado aquí, ¿no le parece?

Laura se encogió de hombros.

—Cosas de la vida —respondió—. ¿Qué hace en Álamo Springs, sargento?

—Negocios —respondió él evasivamente—. Vine a pasar un rato al Funny Club, la vi a usted y me pareció que debía saludarla, eso es todo.

—Se lo agradezco, sargento. ¿Estará mucho tiempo en la ciudad?

—No depende del todo de mí. Oiga, es extraño verla a usted aquí.

—¿Por qué? Soy artista, ¿no?

Creed hizo un gesto con la cabeza.

—Usted fue a Vietnam con el grupo de diversión. Pero, aquí...

—¿Qué tiene este local de malo, sargento?

—La fama. Es pésima, creo.

Laura se sentó ante el tocador.

—El contrato es bueno y yo me limito a actuar —contestó, displicentemente, mientras empezaba a darse en la cara crema desmaquilladora.

—Pero antes creyó que era otro.

—Sí, pensé que sería el señor Zagh.

—¿Quién es Zagh?

—El secretario personal del dueño... Oiga, sargento, ¿por qué hace usted tantas preguntas? —se picó ella, a la vez que se volvía en su asiento.

—Curiosidad, simplemente curiosidad —sonrió Creed. Stanley Zagh, uno de los siete nombres que figuraban en la lista que le había entregado su amigo—. No me gustaría haberla molestado.

—No ha sido molestia, sino un placer —aseguró ella.

—Gracias, señorita Hobart. Vendré otro día a escucharla... y a visitarla,

si usted me lo permite.

Laura vaciló un instante.

—No haga lo segundo —dijo.

—¿Por qué? ¿Es malo?

—Ya ha cumplido sus deberes de cortesía, ¿no? Entonces, por favor, déjeme sola. Gracias por su visita, sargento.

—Sí, señorita Hobart. Buenas noches.

Laura tenía miedo, pensó Creed, mientras cerraba cuidadosamente la puerta.

¿De Batti?

Seguro. Era una chica demasiado hermosa y no tenía nada de particular que el dueño del local hubiese fijado su atención en ella.

CAPÍTULO III

Al salir del camerino, Creed se encontró en un largo pasillo, al final del cual vio una puerta con un rótulo:

«F. Batti» «Private».

Una súbita idea se le ocurrió de inmediato. El pasillo estaba desierto y decidió aprovechar la ocasión.

Corrió de puntillas hacia la puerta. Asió el pomo y lo hizo girar con infinita lentitud.

Una voz colérica, de tonos estridentes, llegó a sus oídos:

—Stan, ¿han vuelto Ligg y Davis?

—No, señor, todavía no han regresado.

—Pero, ¿en dónde diablos se meten? —dijo Batti exasperadamente—. Son más de las doce de la noche y aún no hay noticias de ellos.

—Lo siento, jefe, pero...

—No me des excusas, Stan. Seguro que se habrán emborrachado y estarán durmiendo la mona por alguna parte. Cuando regresen, me van a escuchar... pero hablemos de otra cosa, Stan.

—Sí, señor. ¿Qué es lo que desea?

—Una cosa. ¿Hay noticias del nuevo investigador?

—Por ahora, no, señor. Se sabe que tiene que llegar entre hoy y mañana, eso es todo.

—Procura ponerte al habla con Hadmiss. Que nos avise en cuanto llegue, que procure verlo, e incluso, hasta tomar una fotografía. Cabe en lo posible que el jefe Stuart quiera mantener su identidad, en secreto, ¿comprendes?

—Sí, desde luego. Se lo diré mañana mismo, por la mañana.

—Bien, ahora otra cosa, ¿qué hay de la chica?

Creed no oyó la respuesta. Se imaginó un encogimiento de hombros. De

todas formas, no importaba demasiado. Tenía que irse. Ya había escuchado bastante.

Abandonó el Funny Club. En la primera cabina telefónica que halló a su paso, se apresuró a llamar al domicilio privado de su amigo.

Una voz soñolienta le contestó a los pocos segundos:

—Habla el jefe Stuart.

—Dink, soy Rob.

Stuart se despabiló instantáneamente.

—Siendo así, te perdono que me hayas despertado apenas me acababa de dormirme —dijo—. ¿Qué pasa? ¿Algo interesante?

—Desde luego. Te voy a dar un nombre. Hadmiss. ¿Te suena?

—Sí, creo haberlo oído en alguna parte...

—Es, supongo que debe de serlo, un hombre de tu departamento. Está a sueldo de Batti.

—¡Caramba, sí que has corrido, Rob!

—Para eso me llamaste, ¿no? Dink, ese tal Hadmiss avisó a Batti de que yo iba a venir aquí. Tenlo en cuenta.

—Por supuesto —contestó Stuart—. Sí, creo recordar que es un agente de la fuerza policial de Álamo Springs. Lo que pasa es que son bastantes y...

—Hadmiss es una manzana podrida. Elimínala de tu cesto, Dink.

—Te prometo seguir el consejo. ¿Algo más, Rob?

—No, eso es todo por ahora. Adiós, Dink.

—Gracias, Rob.

Creed colgó el teléfono. Abandonó la cabina y se dijo que ya era hora de que fuese a dormir. Necesitaba estar descansado para el día siguiente.

Se preguntó si Davis y Ligg habrían regresado ya a su «cuartel general». Resultaba fácil adivinar la sorpresa que sentiría Batti cuando conociera la verdad.

* * *

Había algo que Creed consideraba debía hacer en primer lugar y por dicha razón acudió a la noche siguiente al Funny Club. Laura le divisó desde el escenario y le dirigió una sonrisa más bien mecánica.

Aquella noche, Laura cantaba muy mal, apreció Creed. Debía de estar preocupada por algo. Creed se dijo si valía la pena intentar ayudarla.

Cuando vio que iba a terminar su número, abandonó la mesa. Incluso llegó antes que ella a su camerino.

Laura le vio al entrar y se sorprendió notablemente.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

—He venido a criticarla —contestó él sin pestañear.

—¿Criticarme? ¿Por qué?

—Ha cantado rematadamente mal. ¿Qué le sucede? ¿Algún contratiempo?

Laura se mordió los labios. Luego atravesó el camerino y pasó al otro lado del biombo, en donde empezó a desvestirse.

—No es nada que le importe a usted —contestó—. Mis problemas son solo míos.

—Le ayudé en cierta ocasión. Podría ayudarle de nuevo —insinuó Creed.

—Gracias por la oferta, pero no me interesa —dijo Laura desabridamente.

Creed se puso en pie.

—¿Dificultades con Batti?

Ella estaba muy ocupada en soltarse un broche y levantó vivamente la cabeza al oír aquellas palabras.

—¿Quién le ha dicho una cosa semejante? —exclamó.

Creed soltó una risita.

—Nadie. Se me ocurrió, simplemente —repuso—. Pero puesto que no quiere que le ayude, me retiro y en paz. Buenas noches, señorita Hobart.

Abrió la puerta. Laura fue, a decir algo, pero se contuvo y prefirió continuar callada. Creed abandonó el camerino y poco después, también dejaba el local.

Sin embargo, no se alejó del Funny Club, sino que buscó un lugar adecuado, en las sombras del callejón adonde daba la puerta de artistas. Escondido tras unos cajones vacíos, aguardó.

De cuando en cuando, salía alguien. Creed sabía tener paciencia.

Pasó bastante rato antes de que viera a Laura con ropas de calle. La joven salía acompañada de un individuo de mediana estatura, delgado, de nariz ganchuda y vestido con ropas oscuras, que la tenía asida por uno de sus brazos. Ella no parecía sentirse muy a gusto ¡en compañía de aquel individuo.

—Le aseguro, señor Zagh, que yo no...

—Vamos, vamos, nena, no te hagas la ingenua. A todas os pasa lo mismo al principio, pero, ¿qué ocurre después? Además, el jefe es muy generoso, ¿sabes?

—Yo ya tengo bastante con mi sueldo —protestó; Laura.

—Pero, ¿puedes comprarte las joyas que el patrón, le va a regalar? —dijo Zagh, sarcásticamente.

La pareja avanzó unos pasos. De repente, se oyó un golpe sordo.

Zagh emitió un leve gemido y se desplomó al suelo. Laura lanzó un gritito de susto.

—No haga ruido —aconsejó Creed, mientras guardaba el revólver con el que había golpeado a Zagh—. Váyase a su casa y, si le preguntan algo,

diga que no ha visto nada. Mejor dicho, diga que asaltaron al señor Zagh y que echó a correr asustada. Soy un ladrón, ¿comprende?

Ella tenía los ojos muy abiertos y parecía incapaz de reaccionar. Creed le dio un empujón muy poco cortés.

—¡Vamos, desaparezca!

Laura echó a correr. Creed se inclinó sobre el caído y le registró, quitándole una pistola y una navaja automática, armas ambas que arrojó a un lado.

Luego cargó con Zagh. Se asomó al callejón.

Había bastante luz, pero la calle, en aquel momento, estaba desierta. Instantes más tarde, Zagh yacía en el fondo de su automóvil.

Creed arrancó. Sabía que su prisionero tardaría en despertar una media hora por lo menos. Veinticinco minutos más tarde, detuvo el coche en un camino solitario, en el centro de un espeso bosque de pinos.

Saltó del vehículo. Zagh empezaba a recobrarse y él lo sacó a rastras fuera del coche. Encendió un cigarrillo y aguardó apaciblemente a que Zagh reaccionase por completo.

Pasados algunos minutos, Zagh se sentó en el suelo y empezó a mirar a su alrededor con ojos de visión todavía no muy clara. Parecía grandemente asombrado de hallarse en el campo.

No tardó en divisar la silueta de un hombre que fumaba con calma a dos pasos de distancia. Zagh sentía un horrible dolor de cabeza, pero hizo un esfuerzo y consiguió ponerse en pie.

—No trate de huir —dijo Creed—. Tengo una pistola en la mano y mis balas serían más rápidas que usted.

Zagh sacudió la cabeza.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Por qué me ha traído aquí?

—El nombre no importa. Los motivos son fáciles de saber. Quiero conocer el nombre del tipo que mató a Jerry Peak.

Zagh respingó. ¿Era aquel el nuevo agente anunciado por Hadmiss?

—No sé nada de lo que me está diciendo...

Creed no se inmutó. Tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el tacón. Luego, sin previo aviso, disparó un tremendo revés que hizo dar a Zagh una voltereta en el aire.

Zagh lanzó un aullido de dolor.

—Ya puede gritar —dijo Creed—. Nadie le oirá aquí y estoy dispuesto a despellejarle si no me dice lo que quiero.

El rufián estaba aterrorizado.

Era una situación enteramente nueva para él. Ahora estaba solo, sin la protección de su jefe ni la de sus compinches. Y aquel sujeto tenía una fuerza tremenda.

—¿Cómo se llama el asesino de Peak? —insistió Creed.

Zagh se limpió los labios con la mano izquierda.

—No sé de qué me está hablando...

Creed enfundó la pistola. De pronto, se abalanzó contra él y, agarrándolo por la pechera, le izó a pulso. Luego le hizo dar una vuelta y, sin solución de continuidad, lo disparó contra un árbol cercano.

Zagh gritó al chocar contra el árbol, rebotó y volvió a caer. Creed, lo levantó de nuevo y, agarrándolo por el brazo izquierdo, lo empujó por segunda vez contra el mismo árbol. Pero ahora, con la mano derecha, le tenía sujeto por los pelos de la nuca.

—El nombre del asesino —exigió.

—No... lo sé... —jadeó Zagh.

Creed empujó con fuerza. La nariz del rufián se estrelló contra el tronco.

—El nombre del asesino —dijo Creed, mientras el otro chillaba a más y mejor—. Puedo estar dándote golpes hasta dejarte la cara tan plana como las suelas de tus zapatos.

Al tercer golpe, Zagh se rindió.

—Basta, basta... —sollozó—. No me pegue más... Se lo diré...

—Está bien, pero voy a hacerte una advertencia. Si me has engañado, volveré a buscarte y te mataré como a un perro.

CAPÍTULO IV

Zagh se sentía completamente desmoralizado. Tenía la nariz hinchada y sentía la sangre en los labios. La presión de las manos de su raptor no había cesado un solo momento.

—Se llama... Gustav Kuhnke...

—¿Dónde vive?

—En... Great Hills... East Road, número trescientos veintisiete...

—Great Hills está a ciento ochenta kilómetros de aquí, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Conoces tú a Kuhnke?

—Sí. Fui a verlo una... vez...

—¿Quién te indicó su domicilio?

Zagh vaciló. Creed amenazó con estrellarle la cara nuevamente contra el árbol.

—Vamos, habla de una condenada vez...

—Está bien —dijo Zagh, cada vez más aterrado—. Fue... mi jefe...

—¿Batti?

—Sí.

—¿Quién se lo dijo a él?

—Hizo una llamada a Nueva York. Le dijeron que enviase un mensajero con cinco mil dólares en billetes pequeños y sin registro de numeración. Cuando lo hubo hecho, le llamaron a él de Nueva York y le dieron el nombre y la dirección de Kuhnke.

—Y entonces fuiste tú a verlo.

—Sí.

—¿Cuánto cobró?

Zagh vaciló.

—¿Cuánto cobró? —insistió Creed, apretando la presión de sus dedos sobre los cabellos del prisionero.

—Cinco mil.

—No está mal —comentó Creed irónicamente—. Cinco mil por un lado, cinco mil por otro, más los gastos del mensajero a Nueva York... El asunto parece que merecía la pena. Por cierto, ¿tienes el número de teléfono al que llamó tu jefe en Nueva York?

—Está aquí... en una agenda...

—Muy bien. Ahora, una última pregunta: ¿cómo es la casa de Kuhnke?

—Está en las afueras de Great Hills. Es un lugar solitario...

—Se comprende. Un asesino profesional no puede relacionarse con las gentes. ¿Casado?

—No.

—Está bien, eso es todo.

Creed soltó a su prisionero, quien se volvió maquinalmente. El joven aprovechó para meterle el codo en el estómago.

Zagh se curvó hacia delante, con un gemido de agonía en los labios. Creed le golpeó en la nuca con el canto de la mano y el secretario de Batti se desplomó sin sentido.

A continuación, el joven lo registró, apoderándose de la agenda ya mencionada. Luego lo desnudó por completo, atándolo y amordazándolo con tiras que hizo de sus propias ropas. El resto de la indumentaria, incluidos zapatos y calcetines fue a parar a su automóvil.

Al terminar, Creed consultó el reloj. Eran ya las: res de la mañana. Puesto que había ciento ochenta kilómetros hasta Great Hills, estimó que podía llegar en un par de horas, sin necesidad de pisar demasiado el acelerador.

* * *

Zagh no le había mentido. La casa de Kuhnke, el asesino profesional, estaba en las afueras de la ciudad, en un paraje solitario por completo.

A Creed le dio la sensación de que era una granja de modestas proporciones. Había planteles de lechugas y otros vegetales, un sector dedicado a los árboles frutales y una parcela con maíz casi a punto de granazón.

Era lógico que Kuhnke llevara una doble vida y, qué mejor y más respetable apariencia que la de un modesto granjero para pasar desapercibido en su segunda «profesión» de asesino a sueldo?

Las lívidas luces del alba no habían conseguido todavía disipar las tinieblas de la noche, cuando Creed detuvo su automóvil a poca distancia de la casa de Kuhnke. Estudió el terreno unos momentos y luego llevó la mano derecha al asiento inmediato al suyo.

Tenía allí una pistola de cañón algo más largo de lo ordinario, unos treinta y cinco centímetros de longitud, provista de silenciador y culatín replegable. Creed dudó si utilizarla, además de su revólver de calibre 38, pero, por fin, acabó por decidir que con un hombre como Kuhnke todas las precauciones serían pocas.

Abandonó el automóvil y se desabotonó la chaqueta. Debajo de la misma, quedó la pistola, enganchada al cinturón. En el bolsillo posterior

llevaba un cargador de diez tiros como repuesto.

Avanzó hacia la casa por el sendero central. La luz del día aumentaba con rapidez. Creed pudo apreciar así que los alrededores de la granja eran bosque libre y bastante espeso.

Llegó a la puerta. A ambos lados del panel de madera había una doble cenefa de vidrio, como era costumbre en muchas casas campestres. Tocó al timbre y esperó.

Sonaron pasos en la casa, pero nadie se acercó a la puerta. Un bastidor de ventana se levantó a su derecha.

Creed se volvió. Un hombre, asomado a la ventana, le miró inquisitivamente.

El joven tuvo la rápida visión de un rostro cuadrado, ojos grises y pelo ceniciento. Un segundo más tarde, Kuhnke se retiró vivamente al interior.

Creed se percató de que Kuhnke, quien debía de vivir continuamente sobre aviso, se había percatado de la identidad de su madrugador visitante. Un súbito presentimiento le hizo reaccionar y se lanzó a la carrera hacia la parte posterior de la casa.

Kuhnke salía en aquel momento por la puerta de la cocina. Creed desenganchó la pistola.

—¡Kuhnke! —llamó.

El asesino se volvió y le hizo dos disparos con una automática de cañón tan largo como la suya y provista también de silenciador. Creed se retiró vivamente.

Las balas arrancaron astillas de la madera de la esquina. Kuhnke se adentró en el maizal a la carrera.

Creed le siguió no menos velozmente, zigzagueando para impedir la puntería de su adversario. Delante de él, se percibían agitados movimientos de las plantas de maíz.

—Será mejor que se entregue, Kuhnke —gritó Creed en una ocasión.

Dos balas silbaron muy cerca de él. Los disparos apenas fueron oídos.

Creed seguía al asesino por los movimientos de las plantas de maíz. De pronto, estos movimientos cesaron.

Habían llegado ya al límite del maizal. Creed adivinó que su adversario trataba de ganar el bosque.

De repente lo vio entre dos árboles. Veloz como el pensamiento disparó tres veces muy seguidas.

Kuhnke oyó el silbido de las balas y se tiró al suelo. Creed echó mano de las experiencias adquiridas en las selvas del Vietnam y corrió agachado, dando un rodeo, a fin de sorprender a su adversario por retaguardia o por un flanco.

Unos matorrales se agitaron a veinte pasos. Creed se tiró el suelo detrás de otros arbustos. Dos balas más acompañaron su acción, pero se hundieron con sordo impacto en el tronco de un árbol cercano.

Permaneció unos momentos inmóvil en el suelo, empuñando con fuerza su pistola. Inesperadamente, sonó la voz de Kuhnke:

—¡Eh, oiga! ¿Quién es usted? ¿Por qué me persigue?

—Quiero llevármelo a Álamo Springs, Gustav. Tiene que responder de la muerte de Jerry Peak.

—Ah, conque es eso... Está bien, esbirro, venga a buscarme.

—A eso he venido, Gustav. Por su bien le recomiendo que se entregue vivo.

Sonó una risita irónica.

—Está loco, polizonte —dijo Kuhnke—. Ya le digo, venga a buscarme si tiene redaños.

—Le diré una cosa, Gustav —contestó Creed—. Es solo para que se haga una idea de la clase de tipo que soy. He estado dos años en Vietnam, y siempre en primera línea. Su modo de actuar en campo libre, haría troncharse de risa a los viets.

Kuhnke calló. Creed se dio cuenta de que sus palabras habían impresionado a su enemigo.

—Gustav, tengo anotado un número —siguió—. Es el 8901727 de Nueva York. ¿Lo recuerda usted?

El asesino se sorprendió.

—¿Quién se lo ha dado a usted? —preguntó.

—Alguien que vino a verle con cinco mil «machacantes» en la mano.

—¡Imposible! —rugió Kuhnke—. Esa clase de gente no abre jamás el pico...

—No cuando hablan conmigo, Gustav —rio Creed—. Entonces charlan hasta por los codos.

De nuevo sobrevino el silencio. Creed percibió movimientos de ramajes hacia su izquierda.

Se desplazó suave e imperceptiblemente. Mientras hablaba con el asesino, había estado realizando cierta operación con un trozo de cordel de unos tres o cuatro metros de largo.

Unos pasos más adelante, se detuvo. Giró en redondo, pero sin incorporarse y situó la boca a medio palmo del suelo, haciendo bocina con ambas manos:

—Gustav —llamó—. Es inútil que se vaya; le estoy cubriendo con mi arma.

Inmediatamente, empuñó la pistola y tiró del cordelito un par de veces.

Kuhnke cayó en la trampa. La voz parecía salir de aquel matorral que se movía.

Poniéndose en pie de un salto empezó a disparar frenéticamente. Creed se incorporó también.

—Estoy aquí, Gustav. Tire la pistola —dijo.

El asesino se volvió, terriblemente sorprendido, pero no por ello soltó el

arma. Creed se dio cuenta del brillo homicida que lucía en sus pupilas y apretó el gatillo.

La pistola estaba ahora en tiro ametrallador. Seis cartuchos partieron del arma en menos de un segundo y todos alcanzaron de lleno el pecho del criminal.

Kuhnke dio un tremendo salto y cayó de espaldas, con los brazos abiertos en cruz. Creed cambió el cargador y se acercó con grandes precauciones.

Kuhnke permanecía inmóvil, respirando estertorosamente. Miró un instante a Creed y luego dobló la cabeza a un lado.

—Un canalla menos —murmuró Creed, a guisa de oración fúnebre.

Si había algo que detestase con todas las fuerzas de su alma era a los hombres que habían hecho del asesinato su medio de vida.

CAPÍTULO V

—He tenido informes de que se han producido ciertas conmociones entre las filas de Batti —dijo Dink Stuart.

Creed sonrió modestamente.

—Sí, les han dado unas cuantas sacudidas —admitió.

—Una patrulla de carreteras encontró a dos de los hombres de Batti completamente desnudos en medio del campo. ¿Lo hiciste tú?

—Les sorprendí por casualidad tratando de extorsionar al dueño de una tienda. Me pareció conveniente, darles una pequeña lección.

—A su secretario también le pasó algo.

—Estuvimos charlando confidencialmente en el campo.

—¿Obtuviste algún resultado, Rob?

—Conseguí el nombre y la dirección del asesino de Jerry Peale.

—Pero, ¡eso es fantástico! Dame esos datos, Rob...

—Ya no hace falta, Dink.

El jefe de policía miró fijamente a su amigo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Kuhnke y yo discutimos. No fue una discusión amistosa, precisamente. Ah, Kuhnke era el asesino de Peak.

—¿Era?

—Sí, Dink.

Stuart guardó silencio unos momentos.

—Son unos procedimientos demasiado expeditivos —dijo al cabo—. Podías habérmelo traído aquí...

—Dink, no digas barbaridades. Primero, ¿de qué te hubiera senado? No tenías pruebas y el abogado más lerdo habría calificado su arresto como ilegal. Segundo, ¿crees que los tipos como Kuhnke se dejan prender fácilmente?

—Resisten hasta el final.

—Exactamente, Dink. No me gustó, pero Kuhnke no me dejó tampoco otra opción.

Stuart entrelazó los dedos de sus manos.

—Bien, al menos, la muerte de Peak ha sido vengada, aunque de bien poco le servirá eso a su viuda.

—Te equivocas, Dink. El hombre que pagó a Kuhnke está en libertad

todavía y también lo mismo él o los que dirigen la organización de asesinos profesionales de la cual Kuhnke formaba parte. ¿Qué tal te encuentras de relaciones con la policía de Nueva York?

—Hombre, no es que charlemos a diario, pero nos hacemos de cuando en cuando algún favor recíproco —respondió Stuart.

—Está bien. Ahora te daré un teléfono. Yo voy a desplazarme a Nueva York. Lo haré mañana; tengo necesidad de descansar, porque me he pasado la noche en vela. Tú arreglarás lo conveniente para que allí sepan que envías a un investigador y que le faciliten ayuda, dando, como recompensa, unos buenos datos, que yo mismo suministraré, ¿comprendes?

—Sí. Quieres hacer las cosas legalmente.

—En efecto. Bueno, ¿qué me dices de Hadmiss?

—Está sujeto a expediente y suspenso provisionalmente de empleo, hasta tanto se compruebe su relación con Batti.

—Eso significa que ya no viene más por Jefatura.

—Justamente, Rob.

Creed se puso en pie.

—Eso está bien. Sabe que yo he venido a Álamo Springs, pero no me conoce personalmente. Una ventaja para nosotros, ¿no crees?

—Sí, Rob.

Creed bostezó.

—Me muero de sueño, Dink. Hasta la vista.

—Está bien, Rob.

Creed regresó al hotel. Encargó que no le despertasen bajo ningún concepto y después de un baño caliente que relajó sus nervios, se metió en la cama.

* * *

Estuvo durmiendo hasta que se hizo de noche. Encargó una sustanciosa cena, de la que no dejó una sola migaja, y luego de vestirse, salió a la calle.

Eran más de las diez de la noche. Encaminó sus pasos al Funny Club y, una vez en el establecimiento, encargó una mesa.

Laura actuó cuando le llegó su turno. Buscó con ojos ansiosos entre el público y se sintió mucho más aliviada cuando divisó el rostro de Creed.

Aquella noche cantó mucho mejor. Creed lo advirtió así y aplaudió como el que más. Entre los dos jóvenes se cruzó una mirada, que nadie más, sino ellos percibió.

Laura salió por la puerta de artistas a la hora de costumbre. Creed estaba allí aguardándola.

—Pensé que iría a mí camerino —dijo ella.

—¿No le parece que hablaremos mejor en su casa?

Ella le dirigió una larga y escrutadora mirada. Creed adivinó los recelos

de la joven y se llevó ambas manos al pecho.

—Le aseguro que mis intenciones son buenas —añadió.

—Está bien —sonrió ella—. Le invitaré a una copa.

—Gracias, tengo el coche a pocos pasos.

Un cuarto de hora más tarde, entraban en el departamento de Laura. Era un alojamiento excelente, pero de decoración en serie, como muchos destinados al alquiler.

Laura dejó el bolso y abrió un armario.

—¿Cómo lo prefiere?

—En un vaso.

Lila rio suavemente.

—Eso significa que le gusta todo, señor Creed —dijo.

—Pero especialmente usted, Laura.

—Antes dijo que sus intenciones eran buenas... ¿cuál es su nombre, por favor?

—Robín, pero todos me llaman Rob. Y el hecho de que diga que usted me gusta más que nada, no altera para nada mis intenciones.

—Empiezo a tener miedo —confesó Laura, a la vez que le entregaba una copa.

—¿Por qué? —preguntó él.

Laura se sentó en el brazo de un sillón, frente a su huésped.

—Rob, usted es de la clase de hombres que persuaden a las mujeres de que son fundamentalmente buenos y hasta un poco tímidos, y las tratan con tanto respeto y delicadeza, que cuando una se da cuenta ya ha caído en la trampa.

—Eso significa que ya le ha pasado alguna vez.

—No, pero le pasó a una amiga mía —contestó ella, riendo.

—Y no quiere que le ocurra a usted lo mismo.

—Bueno, póngase en mi sitio, Rob.

—En absoluto, Laura. Mi sitio me gusta muchísimo, siempre que sea su lado o frente a usted, por lo menos.

—Es usted terrible, Rob. Tiene unas enormes dotes de persuasión.

—Es que siempre voy con la verdad por delante, Laura.

—¿Seguro? Por ejemplo, ¿quién es usted? ¿Qué hace en Álamo Springs?

—Trabajo aquí —respondió él.

—¿Golpeando a las personas?

—Según qué clase de personas.

—Zagh volvió esta tarde, con la cara completamente vendada. ¿Qué hizo con él?

—Nos fuimos a dar un paseo por el campo, tropezó con una piedra y se dio de narices contra un árbol.

Laura le miró por encima de su copa.

—Algo me dice que en esta ocasión no es usted enteramente sincero —manifestó.

—Es que este asunto, hasta cierto punto, no nos concierne directamente.

—¿A los dos, quiere decir?

—Sí, Laura.

—Sargento, o si prefiere, le llamaré Rob, sospecho que es usted ahora de la policía o algo por el estilo.

—¿Quién sabe? —sonrió él—. Por cierto, ¿adónde se la llevaba Zagh cuando yo intervine?

Laura se sonrojó vivamente.

—Si no le importa, preferiría callar —respondió.

—Zagh habló de las joyas que Batti le iba a comprar a usted.

Laura se alteró y ello se reflejó en una súbita aceleración de los movimientos de su seno. Se puso en pie y empezó a pasearse nerviosamente de un lado para otro.

—Sí —admitió al cabo—. Batti quiere de mí... Bueno —exclamó de repente, volviéndose hacia él—, ¿es que: lo se lo imagina?

Creed apuró su copa.

—Me lo imagino perfectamente, Laura.

—Entonces, ya lo sabe. Y yo me siento muy deprimida.

—Me lo imagino, pero para casos como este hay una solución, solo que debe ser usted quien la tome.

—¿Cree que es fácil con los matones que tiene al lado constantemente? Hablé con una de las chicas que trabajan en el Funny Club. A ella le pasó también lo mismo.

—Y usted no quiere ser juguete de Batti.

—No, sencillamente, no, Rob.

—Muy bien, entonces, siga en ese plan, Laura. O deje el local.

—Eso no es posible. Me ata un contrato.

—Los contratos se rompen —dijo Creed.

—Puede ser, pero Batti me demandaría legalmente y luego me pondría en una lista negra. Ya no podría trabajar más. Sin contar con que...

—¿Qué, Laura?

Ella inspiró profundamente.

—Sé de una chica a la que le echaron vitriolo a la cara. ¡Oh! —dijo riendo nerviosamente—, es muy afortunada, porque conserva la visión de un ojo. Pero no emplea ese ojo para mirarse al espejo, se lo aseguro.

—Comprendo —dijo Creed—. Pero, ¿me permite un consejo?

—Sí, sarg... digo, Rob.

—Dele largas al asunto. Emplee trucos femeninos, mujer; sea astuta y emplee la estrategia de simular que cede, para retirarse en el último instante. Eso le permitirá ganar tiempo, ¿comprende?

—Sí, suponiendo que él sepa tener paciencia.

—Laura, hablando crudamente, cuando un hombre se encapricha de una mujer, tiene más paciencia de lo que muchos pueden pensar.

Ella reflexionó unos instantes.

—Tal vez sea como usted dice —respondió al cabo—, pero, en todo caso, ¿por qué quiere que yo haga eso?

Creed se puso en pie.

—Se lo diré de una vez, Laura —contestó—. La necesito a usted.

—¿A mí? —se sorprendió ella—. ¿Por qué?

—Debe saber que me han encargado de destruir la organización de Batti y no pienso parar hasta que haya conseguido mi objetivo —respondió Creed enfáticamente.

CAPÍTULO VI

—El hombre se llama Homer K. Pharlock y es un próspero comerciante ya retirado, según todos los informes que poseemos —manifestó el teniente Mallinson, de la policía de Nueva York—. Pero es la primera vez que oímos hablar de otra organización de asesinos profesionales, señor Creed.

—Bueno, esta clase de negocios son siempre muy discretos, teniente —sonrió el joven—. Lo que sí es seguro que el asesino de Jerry Peak fue contratado por mediación de Pharlock.

—De acuerdo —respondió Mallinson—. Para hacer las cosas en regla, nos hemos procurado un mandamiento judicial de registro. Supongo que usted nos acompañará.

—Es un favor que agradezco infinitamente —declaró Creed.

Momentos más tarde, se hallaban a bordo de un coche policial, en compañía de dos agentes uniformados. A los pocos metros, el teniente dijo:

—Hablando sinceramente, ¿qué piensa encontrar en casa de Pharlock, señor Creed?

—Una organización semejante no se lleva sin alguna documentación, por poca que sea, teniente. Eso es lo que yo quiero encontrar, por encargo del jefe Stuart, desde luego.

—Me siento escéptico al respecto, pero no quiero desilusionarle antes de tiempo —respondió Mallinson.

Creed no dijo nada. Era preferible aguardar a los resultados.

Minutos más tarde, llamaban a la puerta del departamento ocupado por Pharlock. Un hombre de mediana edad, con canas en las sienes y aspecto atildado, salió a recibirlos, envuelto en una lujosa bata de seda y con un pañuelo del mismo tejido en torno al cuello.

—¿Sí? —dijo el individuo.

—¿Señor Pharlock? Soy el teniente Mallinson —manifestó el policía, a la vez que le tendía un documento—. Esto es un mandamiento judicial para proceder a un registro de su piso.

Pharlock alzó las cejas con un gesto inequívoco de sorpresa.

—¿Registrar mi casa? Pero, ¿qué esperan encontrar, teniente? —exclamó...

—Por favor, señor Pharlock...

—Al menos, teniente, dígame de qué se me acusa —pidió Pharlock con

cierta rigidez en la voz.

—Todavía no se le acusa de nada —puntualizó el teniente—. Simplemente, se sospecha que usted dirige una organización dedicada a cometer asesinatos por encargo.

Hubo un momento de silencio. Luego, Pharlock se echó a reír, educadamente, según apreció Creed.

—Esto es una broma muy graciosa —calificó.

—Le aseguro que no se trata de ninguna broma —respondió Mallinson—. Solo le ruego que no obstaculice nuestra acción, señor Pharlock.

El dueño del piso extendió una mano con ademán imitador.

—Por supuesto, teniente —accedió—. Nada más lejos de mi ánimo que obstaculizar la acción de la ley.

Los cuatro hombres entraron en el piso. Mallinson dirigió una mirada de reproche a Creed.

«¿Lo ve usted? Estamos metiendo la pata hasta el corvejón», parecía decirle en silencio.

El piso estaba lujosamente amueblado, con gran gusto. A Creed, sin embargo, se le antojaban hartó sospechosas tantas facilidades.

Los policías iniciaron el registro. Pharlock tomó un cenicero de sobremesa, grande y pesado, de plata, y encendió un cigarrillo con ademanes casi afectados.

Transcurrieron algunos minutos. Creed espiaba continuamente a Pharlock. El sujeto continuaba manteniendo su sangre fría, sin perder la calma en ningún momento.

Ello le hizo recelar más todavía. Si era cierto que Pharlock dirigía la organización de asesinos y tenía alguna documentación, lo más seguro era que la guardase en un buen escondite.

Empezó a pensar qué escondite podía ser el mejor. Había una gran estantería, llena de libros ricamente encuadernados, y hacia ella dirigió los tiros de su vista.

Los policías habían revisado ya la librería, sin encontrar nada de particular. El tiempo transcurría lentamente. Para Mallinson era una pura pérdida de tiempo.

Pasó una hora. Pharlock fumaba cigarrillo tras cigarrillo. Ya tenía un cenicero lleno de colillas.

Creed se dio una vuelta por el piso.

«¿Dónde diablos está esa maldita agenda que debe de tener en alguna parte?», se preguntó.

Regresó a la sala y se acercó a la biblioteca, examinándola con gran cuidado por todos los lados. Pasó las yemas de los dedos por el borde de los estantes, sin dejar ni uno solo.

De repente, notó una ligerísima protuberancia bajo la yema del pulgar.

Detuvo la mano y se volvió para mirar al dueño del piso.

Pharlock había abandonado su actitud negligente y se había erguido un tanto en el diván en que se hallaba sentado. Sus ojos brillaban ahora de un modo especial.

Creed sonrió para sus adentros. Pharlock tomó un cigarrillo de la caja que tenía al alcance de la mano, se lo puso en los labios y cogió el mechero de sobremesa.

Creed apretó el pulgar a fondo. Se oyó un chasquido y la mitad del estante se proyectó hacia afuera, dejando a la vista un negro hueco, en el que se divisaban un par de gruesas libretas de tapas negras.

Pharlock se puso en pie. Creed exclamó:

—Teniente, creo que hemos hallado lo que buscábamos.

Mallinson se acercó al hueco y sacó las libretas. Con ellas en la mano, miró al dueño de la casa.

—¿Qué es esto, señor Pharlock?

No hubo respuesta. Creed se dio cuenta de que Pharlock no había encendido aún el cigarrillo y que continuaba con el mechero en las manos.

Mallinson hojeó brevemente las libretas.

—Parecen en clave —dijo a poco—. Señor Pharlock, debo rogarle que nos acompañe a Jefatura para ser interrogado.

Pharlock inspiró con fuerza. Uno de los policías avanzó hacia él.

En el mismo momento. Creed lanzó un agudo grito:

—¡Cuidado! ¡Échese a un lado!

Era ya tarde. El encendedor vomitó una sonora llamarada y el policía, después de tambalearse, cayó al suelo.

Creed sacó su revólver. El otro policía fue más rápido y disparó dos veces. Pharlock cayó al suelo fulminado.

Mallinson juró entre dientes. Luego corrió hacia el policía caído, quien se quejaba a la vez que se oprimía fuertemente el hombro herido con una mano.

—¡Llamen una ambulancia, rápido! —ordenó, y mientras el otro policía corría hacia el teléfono, se volvió hacia Creed—. Parece que tenía usted razón —reconoció.

* * *

Un agente de uniforme abrió la puerta del despacho.

—Teniente, el señor Creed —anunció.

Mallinson se puso en pie para recibir a su visitante. Creed divisó sobre la mesa las dos libretas negras.

—Pase —sonrió—. Ya hemos conseguido descifrar el contenido de las libretas.

—Es una buena noticia, teniente —dijo Creed—. ¿Han encontrado algo interesante?

—Más de lo que usted se imagina —declaró el oficial—.

Pharlock tenía montada una magnífica organización, si así se puede calificar a lo que hacía. Tenía una extensa colección de asesinos a sueldo, repartidos por todo el territorio nacional, registrados bajo unas cifras clave, por supuesto. En otra de las libretas anotaba los ingresos y los gastos, también en clave. Nuestros expertos en criptografía han trabajado duramente, créame.

—Me lo supongo —contestó Creed—. Pero, ¿cómo entraban en contacto con Pharlock los que querían contratar los servicios de un asesino a sueldo?

—Pharlock tenía también agentes, que percibían una comisión, como es lógico. Tipos sin escrúpulos, que iban recogiendo informes y que, con el tiempo, se enteraban de los nombres de personas con enemigos a quienes interesaba suprimir.

—Vamos, que eran un estorbo.

—Sí, justamente. Cuando se quería hacer un «contrato», se llamaba a Pharlock por teléfono, mediante una clave convenida de antemano, y este exigía la presencia de un mensajero con la suma acordada. Entonces, facilitaba al mensajero un nombre y una dirección, además de una especie de contraseña, para que el «contratado» supiese que no se trataba de un engaño.

—Comprendo. Una bonita manera de borrar pistas.

—Sí, aunque a veces también, si el que le hacía un encargo era ya «cliente» suyo y lo estimaba de confianza, Pharlock daba la orden por teléfono al hombre que creía adecuado.

—O sea que, por ejemplo, Frank Batti podía ser persona de confianza para Pharlock.

—Lo era, en efecto —corroboró el teniente—. Y la prueba es que, según las anotaciones, ayer mismo por la mañana, Pharlock recibió un nuevo encargo de Batti.

Creed se puso pálido.

—Teniente, no me diga que...

Mallinson movió la cabeza lentamente arriba y abajo.

—La máquina policial para arrestar a todos los asesinos profesionales de Pharlock está ya en marcha —contestó—. Sin embargo, he recibido informes hace unos momentos de que hay uno que no podrá ser detenido.

—Precisamente, el que tiene orden de asesinarme.

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—En las notas de Pharlock figura como KE-601. El nombre, al menos el que usa, es el de Andy Murphy.

—Y ya se ha puesto en marcha.

—Sí. Por lo visto, Batti lo estimó como urgente y pensaba pagar el doble. Claro, muerto Pharlock, se ahorrará el dinero que habría abonado a este, pero no el del asesino quien, a estas horas, es muy posible que haya recibido ya el precio de su vida, señor Creed —concluyó el teniente Mallinson.

* * *

—Así que ya lo sabes, Dink. Hay en Álamo Springs un asesino dispuesto a matarme.

Stuart apretó los labios.

—Te pondré protección —dijo.

Creed meneó la cabeza.

—No —rechazó la idea—. Sería peor. Alguno de tus hombres me conoce. Eso me haría todavía más conspicuo...

—Pero, Rob, si Hadmiss está fuera de combate.

—Sin embargo, no era el único elemento que Batti tenía infiltrado en tus filas. De lo contrario, ¿cómo podría haber contratado otro asesino tan rápidamente?

Stuart se quedó muy pensativo.

—Es obvio que Zagh contó a su jefe lo que le habías hecho —habló lentamente—. Pero no sabía tu nombre y, no obstante, ahora ya lo sabe. Por tanto, sabiendo que tú podías poner fuera de combate a Kuhnke, como así sucedió, llamó a Pharlock. Batti sabía también que Pharlock podía salir de la escena, pero no lo haría antes de que diese la orden a su asesino de actuar contra ti.

—Exactamente; y por otra parte, Pharlock estaba seguro de que no podríamos probarle nada. Lo que sucede es que yo encontré el escondite donde guardaba sus libretas y ello le hizo perder los nervios.

—Bien, de acuerdo. El caso es que ya ha venido a Álamo Springs el asesino que ha de intentar matarte. ¿Cómo dijiste que se llama?

—Andy Murphy —respondió Creed—. Es de suponer que sea un nombre falso, Dink.

—Así lo creo yo también. De todas formas, estoy en contacto con la policía de Fresno, California, que es donde tenía su residencia, a fin de que me envíen su descripción personal.

—Puede venir disfrazado, Dink.

—Lo tendremos en cuenta, Rob.

—Un asesino profesional es un tipo que hace siempre bien las cosas —dijo Creed—. Recuerda cómo actuó Kuhnke.

—Lo sé, Rob, pero tú diste con él.

—Porque empleé procedimientos a los que ellos no estaban acostumbrados.

—Es lo mejor, ¿no crees?

—Sí, salvo en el caso de Andy Murphy.

Creed se quedó pensativo un momento.

—Hay una cosa que me gustaría hacer, pero que, de momento, voy a posponer. Primero quiero encontrar a Murphy, ¿sabes?

—Sí, Rob. ¿De qué se trata?

—Peak había encontrado algo comprometedor para Batti y lo que sea no ha aparecido todavía. Tendré que ir un día de estos a visitar a su viuda.

—Me parece muy bien, Rob. Ten cuidado, por favor.

Creed hizo una mueca.

—Dink, a decir verdad, no resulta muy agradable ir por las calles de una ciudad con las mismas prevenciones que cuando nos movíamos por las selvas vietnamitas, esperando en cualquier momento el disparo de un enemigo —declaró sombríamente.

CAPÍTULO VII

—Reconozco que fue una buena idea, Rob —dijo Laura.

—¿De veras? —sonrió Creed, aceptando la copa que ella le tendía.

—Sí. Batti se ha mostrado mucho más cortés y menos fogoso, aunque ello no signifique que haya renunciado a sus propósitos.

—Continúe dándole largas. Me conviene.

Laura se sentó frente a él, juntó las rodillas y apoyó el mentón en una mano.

—Rob, dígame, ¿qué es lo que pretende usted? —preguntó.

—Lo que yo pretendo ya lo sabe. Pero todavía ignora otra cosa, Laura: hay en Álamo Springs un hombre con el encargo exclusivo de localizarme y pegarme cuatro tiros. O uno solo, pero bien colocado.

Ella se quedó sin color, con la boca en una «o» de asombro.

—Es increíble —dijo.

—De tipos como Batti, se puede creer todo —respondió Creed fríamente.

—Me siento pasmada, confusa... Ese hombre...

—Ese hombre es el mismo que arrojó vitriolo a la cara de una chica que se negaba a acceder a sus propósitos, Laura.

—Sí, ya lo sé, pero ordenar la muerte de una persona es muy distinto, Rob.

—Para él es cuestión solamente de dinero, aparte de que yo le estorbo, claro.

Laura reflexionó unos momentos.

—De acuerdo, Rob —dijo al cabo—. Le ayudaré en lo que pueda e intentaré sonsacar a Batti, pero no espere gran cosa de mí. Soy muy inexperta en esta clase de asuntos.

—Y él lo es mucho, así que procure andarse con pies de plomo. ¿Qué dijo cuando explicó mi asalto a Zagh?

—Bueno... hablé de que era un ladrón, que yo me asusté muchísimo y que perdí el control de mis nervios, por lo cual eché a correr. Me parece que la explicación le satisfizo, Rob.

—Lo celebro. —Creed se puso en pie—. Ha sido una suerte maravillosa encontrarla aquí, Laura.

—Yo me alegro por haberle visto a usted, Rob, pero si no fuera por eso,

desearía no haber firmado jamás el contrato con Batti.

—Ahora ya está hecho y, no tema, cuando él y su pandilla queden fuera de juego, usted recobrará su libertad.

—Y mi tranquilidad, que no es poco —sonrió ella.

—De eso me encargaré yo —afirmó Creed.

Laura se puso en pie.

—Tengo que vestirme para ir al Funny Club —manifestó.

—Y yo voy al hotel. No sé si esta noche podré ir a esperarla.

—Lo hará Batti, Rob.

—Tipo afortunado —suspiró Creed.

Cuando entraba en el hotel, vio a una joven elegantísima registrándose en la recepción.

—Sí, señorita Manan —dijo el recepcionista—, ahora mismo subiremos su equipaje a su habitación. ¡Muchacho!

Un botones acudió en el acto y cargó con las maletas. Cuando fue a recoger un bolso de viaje, ella lo rechazó con un gracioso ademán.

—No, gracias, lo llevaré yo misma —dijo.

Creed contempló a la joven unos instantes. Era muy hermosa, de pelo rubio y ojos azules, con un tipo realmente escultural. Ella pareció sentir la intensidad de su mirada y volvió la cabeza.

Una ligera sonrisa apareció en sus labios frescos y jugosos. Creed pasó por delante de ella y se descubrió cortésmente. La joven contestó con una imperceptible inclinación de cabeza.

Más tarde, una vez se hubo cambiado de ropa, descendió al vestíbulo. Curioso, se acercó al mostrador de recepción.

—Oiga, amigo —dijo al conserje—, esa hermosa muchacha... ¿es de Álamo Springs?

—Oh, no, señor; ha venido de Morgantown, en Illinois. Asuntos de negocios, según manifestó.

—Adónde va a parar el mundo, si las mujeres se meten en los negocios —exclamó Creed jovialmente—. ¿Puedo conocer su nombre?

—Sí, señor, es la señorita Amy Marvin.

Creed dejó un billete de dos dólares sobre el mostrador. Luego se encaminó a la salida.

Aquella noche no vería a Laura, porque otro hombre estaría con ella. De todas formas, tampoco podía ir y le convenía, además, que Laura entretuviese a Batti.

* * *

Batti tenía su domicilio privado en un lujoso ático de uno de los mejores edificios del barrio residencial de Álamo Springs, en la última

planta. Creed lo sabía, debido a que había recibido detallados informes al respecto, suministrados por su amigo Stuart.

Creed entró en el edificio y subió en el ascensor hasta el penúltimo piso. Salió a la escalera y cubrió a pie la etapa final.

Batti había hecho instalar un aparato especial que sonaba dentro de su piso, cuando el ascensor se detenía en la misma planta. Creed quería evitar aquel inconveniente.

En el rellano no había más que una sola puerta. Creed sabía que estaba blindada.

Llamó al timbre y se echó a un lado. A poco oyó el leve susurro de una mirilla que se descorría.

Alguien se sintió perplejo al no ver a nadie frente a la puerta. Cerró de nuevo la mirilla y, pocos segundos más tarde, se repetía la llamada.

La puerta se abrió y un sujeto salió al pasillo, armado con una pistola. En el mismo momento, sintió en la frente el helado contacto del cañón de un revólver.

—Una sola voz, un solo gesto y eres hombre muerto —susurró Creed.

El pistolero se quedó inmóvil. Creed sabía también que Batti tenía cuando menos uno constantemente de guardia en su piso, si no eran dos.

—Vuélvete —murmuró el joven—. Y no olvides lo que te he dicho. A propósito, ¿quién eres tú?

—Costello...

—Derek Costello —sonrió Creed—. Bien, amigo, media vuelta y adentro.

El pistolero obedeció. Apenas habían cruzado el umbral, Creed le golpeó en la nuca y Costello se desplomó fulminado.

Ello causó un poco de ruido. Dentro de la casa sonó una voz:

—¡Derek! ¿Qué diablos pasa?

Creed corrió hasta la puerta opuesta y se situó a un lado. Sonaron pasos.

Un hombre cruzó el umbral. Los vendajes en algunos puntos de su cara dijeron a Creed inmediatamente su identidad.

Zagh se sobresaltó terriblemente al ver al sujeto caído en el suelo. Casi en el acto oyó la voz de Creed:

—Hola, Zagh.

Zagh se volvió lentamente. Una expresión de pánico insuperable apareció en su rostro al ver la boca de un revólver a medio palmo de sus maltratadas narices.

—¡Usted! —exclamó.

—El mismo —sonrió Creed—. ¿Quién hay más en la casa ahora?

—Nadie, solo estábamos Costello y yo.

—Claro, dos más están con el jefe, vigilando que nadie turbe sus placenteras entrevistas de amor y los restantes, seguramente, andarán por

ahí molestando a las personas decentes. ¿Me equivoco?

—No creo que eso le importe a usted demasiado...

—Sí, me importa muchísimo —atajó Creed—. Pero de momento he venido a hablar de otra cosa.

Zagh retrocedió un paso.

—No hablaré...

Creed guardó tranquilamente su revólver. Zagh creyó sorprenderle e intentó sacar una pistola de la funda axilar, oculta bajo la chaqueta.

Algo parecido a un enorme garrote le alcanzó en un lado de la cabeza, haciéndole dar dos vueltas en el aire. Zagh cayó sobre un diván, en el que quedó aturdido, sin saber muy bien lo que le había pasado.

Creed se le acercó y lo desarmó. Luego, volviéndolo boca abajo en el mismo diván, le puso el brazo izquierdo a la espalda.

—Esto es más blando que el tronco del árbol, pero puedo dejarte el brazo convertido en un montón de astillas de hueso —dijo amenazadoramente—. Solo quiero que me digas una cosa, Zagh.

—Repito que no hablaré...

Creed hizo presión en el brazo de su prisionero. Zagh soltó un aullido de dolor.

—Un tal Hadmiss está suspenso de empleo en la fuerza policial, pero quedan más tipos comprados por vosotros —dijo Creed—. Quiero saber sus nombres y me los dirás, aunque tenga que convertirme en pulpa.

El dolor resultaba irresistible para un hombre como Zagh, poco habituado al sufrimiento físico. Con voz entrecortada, pronunció dos nombres, que Creed anotó en su memoria.

—¿Nadie más? —preguntó después.

—No, no...

Creed insistió en sus esfuerzos. El brazo de Zagh crujió.

—Le digo que no hay nadie más... —chilló.

Creed lo soltó y se apartó a un lado.

—Levántese y venga aquí —dijo.

Zagh obedeció. Tenía los ojos llenos de lágrimas de rabia y de furor. Con paso incierto se situó en el lugar que le indicaban.

Medio segundo después, un terrible puñetazo le hacía volar a través de la puerta de comunicación con el resto del piso. Creed se chupó los nudillos y se dirigió hacia la puerta.

Costello se sentaba en aquellos momentos. Creed lo dejó dormido de nuevo con un rodillazo que le propinó al pasar, sin darle importancia a la cosa.

Hablaría inmediatamente con su amigo. Era preciso cortar todos los lazos que unían a Batti con la Jefatura de Policía y no de un modo legal ciertamente.

Al salir del hotel, a la mañana siguiente. Creed vio a la bella forastera, parada ante el quiosco de periódicos del vestíbulo. Amy Marvin vestía sugestivamente, con cierta moderada audacia, lo que hacía resaltar todavía más las esculturales formas de su anatomía.

Creed compró el diario. Amy olía discretamente a lavanda. Le miró y volvió a sonreírle. Creed sonrió también, pero no podía entretenerse en intentar una aventura amorosa.

Estuvo en Jefatura cosa de una hora, al cabo de cuyo tiempo se despidió. Treinta minutos después, llamaba a la puerta de la casa de Jerry Peak.

Una mujer joven, de rostro atractivo, pero pálido, vestida con un traje gris, salió a recibirle en el acto.

—Soy Robín Creed, señora —saludó el joven—. El jefe de policía le avisó a usted por teléfono.

—Es cierto —contestó Mary Peak—. Tenga la bondad de pasar, señor Creed.

—Gracias, señora.

Entraron en la casa. Mary le señaló un asiento. Ella se sentó frente a él, con las manos en el regazo.

—Creo que su visita es inútil —dijo ella—. Todo lo que sabía, ya lo dije en anteriores declaraciones, señor Creed.

—Lo sé y las he leído. De todas formas, ha de permitirme insistir, aunque en un punto que quizá no ha sido tocado por quienes me precedieron.

—Me parece que no se olvidaron de preguntar nada —contestó Mary.

—Cuestión de opiniones, señora —dijo Creed—. Lo que yo quiero decirle es lo siguiente: según parece, su esposo había conseguido pruebas contra Batti. Nadie las ha encontrado ni nadie, tampoco, sabe dónde están, usted incluida, pero usted era su esposa...

—A pesar de lo cual, sigo ignorando dónde están esas pruebas, si es que realmente existen —atajó ella.

—Sí, desde luego, pero usted no me ha dejado terminar. Lo que yo quería decirle es que su marido, acaso, pronunció ante usted alguna frase críptica, una especie de clave, mediante la cual pudiera hallarse el escondite donde estaban esos documentos. ¿Lo recuerda usted?

Mary movió negativamente la cabeza. Creed no se dio por vencido.

—Está bien —dijo—. Puede que sea un exceso de imaginación por mi parte, pero trate de hacer memoria. No ahora, desde luego, sino cuando se sienta con ánimos para ello. Si recordase algo que creyese tener importancia, no deje de telefonar al jefe Stuart.

—Así lo haré, prometió Mary—, aunque repito que no podré decirle nada más.

—Me basta con que lo intente, señora —sonrió Creed, y en aquel

momento, llamaron a la puerta.

—Dispéñseme —rogó Mary Peak. Y se levantó para abrir.

Creed continuó en el mismo sitio. De repente, oyó un grito sofocado y una voz de tonos malhumorados:

—¡Vamos, señora, vuelva para adentro y cierre el pico; de este modo, no le ocurrirá nada malo!

CAPÍTULO VIII

Mary retrocedió, aterrada a la vista de aquellos tres hombres de aspecto amenazador. Frank Batti iba al frente y movió la mano izquierda con ademán imperativo.

—Andando, chicos; quiero que pongáis la casa patas arriba —ordenó—. Ya sabéis qué es lo que busco, de modo que no perdáis más tiempo.

Ligg y Davis echaron a andar, pero no pudieron dar dos pasos.

Creed se irguió detrás del diván, con su revólver en la mano.

—Me parece que yo tengo algo que objetar a ese plan —sonrió.

Los dos pistoleros se quedaron estupefactos. Mary, asustada, retrocedió hasta que su espalda chocó contra una pared próxima.

—¿Quién es ese tipo? —gruñó Batti.

—Hadmiss le informó de mi llegada, aunque no de mi nombre —dijo el joven—. Me llamo Robín Creed, señor Batti, y soy el investigador especial nombrado por el jefe Stuart.

Batti procuró rehacerse de la sorpresa recibida.

—Entonces es el mismo que...

—Sí —confirmó Creed, sin dejar de sonreír—, el mismo que dejó en traje de Adán a esos dos zoquetes que tiene ahí al lado, el que le sonsacó a su secretario el nombre de un tal Kuhnke; el que, también, obtuvo de Zagh un número telefónico en Nueva York y, por último, el que les ruega se marchen por su pie de esta casa, si no quieren hacerlo transportados por los camilleros de las pompas fúnebres.

Batti estaba lívido.

—Todavía tiene que saber más —siguió Creed—. Kuhnke ha muerto y Pharlock también. En cuanto a usted, le aguardan días muy amargos, si continúa empeñado en ¡seguir el camino apartado de la ley.

—No tengo que aceptar consejos suyos —dijo al fin Batti, empezando a rehacerse.

Sin perderle de vista, Creed ladeó la cabeza ligera—; mente.

—Mary, fíjese bien en ese gran hombre. Es el que pagó a un asesino para que diera muerte a su esposo. Yo le prometo que ese rufián sentirá un día el peso de la ley.

Ella exclamó un gemido de horror al escuchar aquellas palabras. Batti hervía de cólera.

—No vuelvan más por aquí —ordenó Creed fríamente—. En lo sucesivo, la señora Peak dispondrá de un servicio de alarma permanente, conectado con la Jefatura. Imagínese lo que sucederá cuando vea actuar gente sospechosa en las inmediaciones de su casa.

Los dos pistoleros continuaban inmóviles, aguardando órdenes de su jefe. Batti comprendió al fin que debía cejar en su empeño.

—De acuerdo —contestó—. Nos vamos. Pero no es más que una pequeña batalla. No he perdido aún la guerra.

—Está derrotado —dijo Creed—. Peor para usted si insiste en seguir hasta el fin, porque ese fin significará para usted el infierno.

Batti dio media vuelta bruscamente y se marchó, seguido de sus esbirros. Antes de salir, Da vis le amenazó:

—Volveremos a vernos. La próxima vez no será tan fácil para usted —dijo.

—Hasta un niño de pecho sabría burlarse del cerebro de mosquito que tiene usted debajo de la pelambreira —contestó Creed ofensivamente.

Davis cerró de un portazo. Creed y Mary quedaron solos.

El joven se acercó a una ventana y comprobó que el trío se alejaba de la casa.

—Lo que le he dicho de la alarma es cierto, aunque ellos no se lo crean. Se la enviaremos en cuanto podamos —dijo.

—Me siento aterrorizada —confesó Mary—. ¿Es que ni siquiera van a dejarme en paz a mí?

—Batti tiene miedo y trata de sobrevivir, eso es todo, pero no le causarán el menor daño, Mary —afirmó él—. Y no olvide lo que le he dicho; si recuerda algo de importancia, aunque usted crea que es muy poca, llámeme inmediatamente.

Dejó una tarjeta sobre la mesa. Ella le acompañó hasta la puerta.

—No sé cómo agradecerle... —dijo tímidamente.

—El jefe Stuart me llamó precisamente para eso —se despidió él.

Subió a su coche y arrancó. Doscientos metros más adelante, en un cruce, se vio obligado a dar un violento frenazo para no chocar con un automóvil que había salido impensadamente de una bocacalle contigua.

Los dos automóviles se detuvieron con gran brusquedad, si bien el otro tocó ligeramente en la aleta delantera al de Creed, causándole una ligera abolladura. El segundo vehículo estaba conducido por una hermosa joven.

Creed se apeó y comprobó que los daños eran insignificantes.

—No tiene importancia, señorita Marvin —dijo sonriendo.

Ella se mostró asombrada.

—Me conoce usted —exclamó.

—Nos alojamos en el mismo hotel —aclaró él.

—Sí, es cierto, pero yo no sé su nombre...

—Robin Creed, señorita Marvin.

—Me siento terriblemente confundida, señor Creed. Iba distraída y no me di cuenta de que usted tenía la preferencia de paso...

—Es algo que no tiene importancia —sonrió él—. Er, cambio, ahora, la preferencia de paso es suya —agregó descubriéndose galantemente.

—Muy amable, señor Creed. Por favor, haga que le arreglen los desperfectos y entrégue me la factura —dije la joven.

—No se preocupe, señorita Marvin.

Creed volvió al coche y retrocedió un metro. Ella arrancó y agitó una mano enguantada al pasar por su lado. Creed contestó con una sonrisa.

—Una mujer de una pieza —calificó, mientras pisaba el acelerador nuevamente.

* * *

Antes de entrar en la casa Creed se volvió y miró a todas partes.

Sin saber cómo, había notado la sensación de que alguien le estaba vigilando.

Lo de menos era que fuese alguno de los esbirros de Batti, no les temía.

Al que verdaderamente temía era a Andy Murphy, dónde se había —metido? ¿Cómo era?

Un frío sudor inundó su frente. Era terrible saber que había en Álamo Springs alguien con el solo propósito de asesinarlo.

Y, no cabía duda, Murphy trataría de ejecutar las órdenes recibidas. Muerto o no Pharlock, los tipos como Murphy actuaban hasta el final.

La temperatura sin ser fría, no era precisamente calurosa, pero Creed hubo de sacar un pañuelo para secarse la frente. Tranquilo al fin hasta cierto punto, tetro en la casa.

¡Momentos después, estaba frente a Laura. Ella le acogió con una cálida sonrisa.

—Hola, Rob —saludó. De repente vio palidez en la ora del hombre y preguntó: ¿Se siente mal? ¿Le ocupe algo?

—No, gracias, por favor... pero deme una copa.

—Sí, al momento. A usted le pasa algo, Rob —dijo ella por encima del hombro, mientras se disponía a complacer la petición.

—Estoy un poco nervioso, eso es todo, Laura.

De pronto, Creed vio que las cortinas estaban descorridas y las corrió. Era un tejido muy tupido y elle impediría que la luz se viese desde el exterior.

—Está nervioso, es cierto —dijo Laura, al entregarle la copa—. ¿Por causa de Batti?

—Digamos mejor por causa del asesino que está en Álamo Springs, buscando la ocasión de quitarme de en medio —contestó Creed, después de un buen trago—. Cuando iba a entrar en la casa, me asaltó la sensación de que estaba vigilándome.

—Pero, ¿no sabe quién es? —exclamó ella, sumamente impresionada.

—Conozco su nombre, eso es todo lo que puedo decirle. No sé si es alto, bajo, grueso, delgado, rubio, moreno... Andy Murphy y nada más.

Laura se mordió los labios.

—Me gustaría ayudarle, pero no se me ocurre nada Rob —manifestó.

—Usted ya hace suficiente —contestó Creed—. ¿Qué me dice de Batti?

—Nada, salvo que estaba muy furioso, aunque no sé por qué, Rob.

—Yo sé lo diré, Laura.

Creed explicó lo ocurrido en casa de Mary Peak. Laura meneó la cabeza.

—A mí no me había dicho nada, pero si llegase: averiguar algo, se lo comunicaría de inmediato, Rol —prometió.

—Gracias, Laura. Ahora permítame que me retire es ya un poco tarde.

—Sí, Rob, como quiera. Cuídese, se lo ruego.

Creed sonrió de mala gana.

—Esto me hace revivir viejos tiempos —dijo.

—¿En Vietnam?

—Empieza a parecerme peor que aquello, que ya es decir, Laura.

Tras despedirse de la joven, bajó a la calle.

Desde el portal de la casa, oteó el panorama. Todo parecía tranquilo a una hora tan avanzada. No se veía un solo transeúnte y la circulación era mínima.

Se acercó al coche y se sentó tras el volante. Iba a dar el contacto cuando, de repente, le asaltó un terrible presentimiento.

¿Y si había un paquete de explosivos conectados al contacto eléctrico?

De nuevo volvió a sentir aquella horrible sensación de pánico. Retiró la llave, sacó una linterna de la guantera y abandonó el vehículo.

Levantó la tapa del motor. Todo estaba en orden... pero había más sitios en un coche donde colocar unos cuantos cartuchos de dinamita.

Debajo del piso, debajo del asiento... Sobraban sitios y ni el momento ni el lugar eran adecuados para examinar el vehículo a fondo.

Regresaría a pie, se dijo, y en el momento en que tomaba la decisión oyó el inconfundible sonido de una bala al chocar contra la carrocería.

* * *

El proyectil hizo impacto a medio palmo de su mano, cuando se disponía a bajar la tapa del motor. Instantáneamente se tiró al suelo.

El disparo no había hecho ruido, lo que le dijo que su atacante utilizaba silenciador. Creed se tiró a la acera, quedando protegido por el automóvil.

Miró por debajo. Su enemigo estaba en la esquina opuesta. Creed no podía ver, sino una pequeña parte de una silueta completamente negra.

Una bala llegó y perforó un neumático, con el consiguiente escape de aire.

Creed empezó a pensar en la conveniencia de batir al asesino. Tendido como estaba, sacó el revólver y colocó el silenciador. Podía tirarle a las piernas para inutilizarlo momentáneamente y así poder aprisionarlo.

Tomó puntería. Entonces divisó algo que le puse los pelos de punta.

Aquel paquete sujeto bajo el piso con dos abrazaderas de tela adhesiva muy ancha no pertenecía a la estructura del automóvil. Los cuatro largos cilindros que le componían tenían un inequívoco significado.

Otra bala chocó contra el metal de la carrocería Creed ya no aguardó a más. Se levantó de un salto, dio cuatro zancadas y se lanzó de cabeza al interior de, portal.

El suelo era de mosaico espejeante y resbaló unos cuantos metros a causa del impulso tomado. Casi en el mismo instante, resonó una espantosa explosión.

Uno de los batientes de la puerta resultó desgajado: por la violencia de la deflagración. Creed sintió una terrible onda de calor que le sacudió con fuerza.

Se oyeron ruidos de innumerables vidrios rotos y de metal desgarrado. Luego se atrevió a ponerse en pie.

Había un rojo resplandor en la calle. Su coche ardía en pompa..., los restos de lo que había sido un magnífico automóvil.

La explosión había dañado a varios vehículos situados en las inmediaciones. Creed consideró como un milagro haber salvado la vida.

El asesino, pensó, era muy inteligente. Había tratado de cubrir todas las posibles eventualidades, aunque por fortuna, su veloz e inesperada acción le había salvado la vida.

Pero, se preguntó, ¿tendría la misma suerte en la próxima ocasión?

CAPÍTULO IX

—Todavía no sé cómo estás vivo —dijo Stuart a la mañana siguiente.

Creed sonrió de mala gana, a la vez que se daba con las manos unos golpes en los costados.

—Sigo tentándome el cuerpo, para ver si aún estoy con vida —respondió—. La verdad es que pasé un rato infernal.

—Me lo imagino. Ese Murphy es un tipo muy astuto, pero, si quieres que te diga la verdad, aún no hemos podido dar con él.

—Las ventajas están de su parte. No sabemos qué aspecto tiene y, lo más probable es que haya llegado a Álamo Springs bajo otro nombre. Incluso puede que el de Murphy sea también falso.

—Lo es —confirmó Stuart—. La policía de Fresno nos ha informado de que no hay allí ningún Andrew Murphy que sea sospechoso. Los tres que existen allí son personas respetabilísimas, dignas de todo crédito.

—Kuhnke también era un respetable granjero, Dink.

—Lo sé, y por eso he insistido acerca de las autoridades de Fresno para que los vigilen. En el momento actual, esos tres Murphy continúan desempeñando sus actividades habituales con toda normalidad.

—En medio de todo, no deja de ser un consuelo, Dink.

El zumbador del interfono sonó de pronto. Stuart dio el contacto.

Una voz femenina anunció:

—Jefe, hay huelga en la Miller Supplies.

Stuart torció el gesto.

—Gracias, Nancy. Encargue al sargento Bray del mantenimiento del orden y dígame que actúe con mucho tacto —contestó.

—Sí, señor.

Stuart se volvió hacia su amigo.

—Manejos de los compinches de Batti —dijo.

—¿Sí? —murmuró Creed.

—La Miller Supplies fabrica unas piezas especiales para facilitar la navegación aérea, bajo una nueva patente. Ya te dije que Batti quiere conseguir esa fábrica, para elevar los precios a su capricho. Produce unos beneficios fantásticos... pero si las huelgas continúan, y ya van tres en menos de mes y medio, la fábrica se irá a la ruina.

—Y entonces, Batti la adquirirá ¿sor cuatro cuartos.

—Exactamente.

—Dink, ¿se conocen los nombres de los provocadores?

—El principal de todos es un jefe de sección, llamado Joe Sbani. Hay tres o cuatro más, pero todos reciben instrucciones de Sbani.

—El cual, a su vez, las recibirá de Batti.

—Imagínate, Rob.

Creed se puso en pie.

—Bueno, este es otro asunto de mi incumbencia —dijo. Y ya se disponía a abandonar el despacho, cuando sonó el teléfono.

Stuart lo levantó. Instantes después, lo tendía hacia su amigo.

—Para ti —dijo escuetamente.

Creed tomó el aparato y dio su nombre. Una voz femenina dijo:

—Soy Mary Peak. Señor Creed, acabo de recordar un nombre que puede quizá ayudarle en sus investigaciones.

—Gracias, Mary —contestó el joven, a la vez que tomaba un lápiz de encima de la mesa, Stuart le alargó una cuartilla y él se dispuso a escribir —. Continúe, por favor.

—El nombre es Dahlia Green —dijo Mary—. Hace tiempo fue la amante de Batti, pero éste se cansó y la abandonó. Sé que Jerry quería explotar los sentimientos de despecho de esa mujer y hasta creo que consiguió algo, pero no llegué a saberlo. Por supuesto, hubo una gran intimidación entre Dahlia y Batti. Quizá ella sabe algo importante, ¿comprende?

—Sí, muchas gracias, Mary. Su domicilio, por favor.

Mary se lo dio. Creed lo anotó, dio las gracias nuevamente y volvió el aparato a la horquilla.

Luego miró a su amigo.

—Voy a visitar a una tal Dahlia Green —anunció—. ¿Te suena ese nombre?

—Era la fulana de Batti hace algún tiempo, Rob.

—Precisamente por eso voy a verla. Te llamaré cuando sepa algo, Dink.

—De acuerdo, Rob.

Creed salió a la calle. Sin coche, se vio obligado a tomar un taxi, que le llevó a las inmediaciones de la residencia de Dahlia Green.

Abonó la carrera y se apeó del vehículo. Casi en el mismo instante, se oyó un terrible alarido que procedía de lo alto.

Creed levantó la cabeza. Instintivamente dio un salto atrás.

Una masa de ropas revoloteantes descendió de las alturas a enorme velocidad y se estrelló contra el pavimento con horrendo choque. Creed pudo escuchar claramente el espeluznante sonido de los huesos rotos.

Sonaron gritos de terror. Una mujer se desmayó.

Creed se atrevió a mirar, pasados unos segundos.

A cuatro pasos de distancia vio una larga cabellera rubia, mojada en sangre, que ya se escurría en largos regueros hacia la calzada. Fue

suficiente para que supiera que ya no podría hablar jamás con Dahlia Green.

* * *

—¿Suicidio? No, en modo alguno, Dink —aseguró Creed enfáticamente—. Asesinato.

—Pero mis hombres no han encontrado el menor rastro en el piso de Dahlia... —alegó Stuart.

—Ha sido una ejecución bien realizada, eso es todo. De repente, Batti se acordó de Dahlia y de sus entrevistas con el periodista o tal vez se enteró ahora y decidió suprimirla como medida de precaución.

—Sí, claro, pero ya no sabremos qué le dijo Dahlia a Peak.

—Hemos tenido muy mala suerte, Dink —reconoció Creed—. Bien, de todas formas, continúa investigando. Yo voy a abandonar la ciudad veinticuatro horas.

—¿Adónde te vas? —preguntó Stuart, intrigado.

—Voy a solucionar un asunto que también nos está fastidiando bastante —respondió Creed.

Colgó el teléfono. Sí, era preciso solucionar de una vez el asunto de la fábrica.

Abandonó su habitación del hotel, desde la cual había telefoneado al policía. En el corredor se encontró con Amy Marvin.

Ella le dirigió una amable sonrisa.

—Todavía no me ha pasado la factura —le recordé con suave voz.

—Oh, ya le dije que no tenía la menor importancia señorita —contestó él.

—A pesar de todo, insisto, señor Creed.

—Bien, en ese caso... —El joven sonrió—. Le haré pagar los desperfectos, pero de otra manera.

—¿Cómo, por favor?

—Invitándome a una copa en su habitación.

Ella rio moderadamente.

—Es usted muy audaz, aunque, desde luego, estimo que es un precio muy barato —contestó.

—Al contrario, lo menos que digo yo es que se trata de un precio justo. ¿Acepta?

—Sí, pero no aquí, en el hotel. Voy a estar mi tiempo del que pensaba en Álamo Springs y he tomada un departamento en alquiler.

—Ah, eso es interesante.

Amy abrió el bolso y sacó una tarjeta.

—Aquí tiene mi nueva dirección, señor Creed —dijo.

—Gracias, señorita Marvin. Voy a ausentarme un día o dos de la ciudad, pero le prometo pasarle la factura apenas regrese.

—Pagaré con sumo gusto —dijo Amy, tendiéndole una mano finamente enguantada.

—Bien, aquí nos despedimos... pero creo que ambos vamos a la planta. Podemos tomar el ascensor juntos, ¿no le parece?

Ella hizo un leve gesto de asentimiento. Creed tocó el botón y momentos después se descorrían las puertas del ascensor.

Amy pasó por su lado, envuelta, como siempre, en aquel agradable perfume de lavanda. Era una mujer realmente hermosa, pensó Creed.

¿Más que Laura?

* * *

Sentía ganas de fumar, pero no quería que la brasa del cigarrillo delatara su presencia bajo el árbol, desde el cual vigilaba la casa de Toe Sbani.

Sbani tenía una visita. Creed había llegado hacía unos momentos, por lo que aún desconocía la identidad del visitante. No obstante, podía ver las siluetas de los dos hombres, discutiendo en la sala, recortándose colina les visillos de una de las ventanas.

La casa de Sbani era una construcción más bien modesta, de un solo piso, con un pequeño jardín, situada en los suburbios de Álamo Springs. Era la residencia adecuada para un jefe de sección de la Miller Supplies, con un buen sueldo, pero sin alcanzar ni de lejos la categoría de un ingeniero o un ejecutivo.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, los dos hombres se levantaron.

Sbani acompañó a su visitante hasta la puerta. Creed se apretó más contra el árbol.

La puerta se abrió. Un hombre abandonó la casa y caminó rápidamente por el sendero central del jardín.

La luz del farol le dio de lleno en la cara. Creed no sintió ninguna extrañeza al reconocer a Stan Zagh.

—Es lógico —murmuró.

Zagh subió a su automóvil y se alejó. Creed aguardó todavía algunos minutos.

Luego abandonó su puesto de vigilancia y se acercó a la casa. Llamó a la puerta.

Un hombre abrió a los pocos instantes. Era de buena estatura, un poco más que Creed, recio y fornido, de unos cuarenta años de edad, y rostro cuadrado y desagradable.

—¿Sbani? —preguntó Creed.

—Sí, yo mismo. ¿Qué desea...?

Creed inició su acción, clavando un puño en el estómago de Sbani. El hombre se curvó sobre sí mismo, con un gemido de agonía en los labios.

Creed golpeó la nuca a continuación. Arrastró al hombre hacia adentro y cerró la puerta de un taconazo.

Sbani no había perdido del todo el conocimiento, si bien los golpes recibidos le habían dejado momentáneamente aturdido. Creed aprovechó la ocasión para echar un vistazo a la sala.

Sobre una mesita divisó un paquete de forma oblonga, envuelto en papel fuerte. Rasgó la envoltura y encontró debajo una pequeña pila de billetes de Banco.

Sbani se sentó en el suelo y le miró torvamente.

—¿Qué diablos...?

—No he venido a robar —sonrió Creed—. Solamente quería comprobar la honestidad profesional de un trabajador que provoca paros por dinero.

—Usted es un maldito rompehuelgas...

—Tómelo como quiera, Sbani, pero debe saber que es la última vez que origina un conflicto en la Miller Supplies por orden de Batti.

Sbani se quedó un momento boquiabierto por la sorpresa. Luego, de repente, lanzando un rugido de cólera, se puso en pie de un salto y se arrojó sobre Creed.

CAPÍTULO X

Creed estaba ya preparado y dejó que el otro le alcanzase. En el último momento, se agachó, lo levantó en vilo y, con el mismo movimiento, lo despidió hacia atrás.

Sbani era tremendamente robusto, pero carecía del conocimiento de algunos trucos en la lucha cuerpo a cuerpo. Se incorporó de inmediato, solo para recibir un maligno golpe con el canto de la mano bajo la oreja izquierda.

Se tambaleó. Creed golpeó ahora en el lado opuesto. Sbani rugió.

Dio un paso atrás. Su mano apareció de repente, armada con una navaja automática.

—Esto se ha acabado ya —gruñó.

Creed aguardó a pie firme. En el último instante, cuando el acero buscaba ya su bajo vientre, agarró la mano armada, hizo una fulgurante contorsión y Sbani volteó por los aires, para caer al suelo con tremendo golpazo.

La navaja resbaló por el suelo. Sbani intentó levantarse, pero Creed lo tiró para atrás de nuevo de un tremendo rodillazo.

La capacidad de resistencia del sujeto era increíble. Aquel rodillazo hubiera dejado sin conocimiento a otro hombre menos fuerte, pero en Sbani apenas si parecía haber dejado huella.

De nuevo se levantó y cargó con la cabeza gacha contra Creed. En el último instante, Creed se dejó caer hacia atrás, agarró al otro por los hombros y levantó ambos pies.

Sbani dio una enorme voltereta y cayó al suelo con gran estrépito. Otra vez se puso en pie, pero ahora se veía claramente que su fortaleza empezaba a resentirse.

A pesar de todo, atacó. Creed no quería destrozarse los nudillos y le golpeó con ambos codos, en una rapidísima alternativa. Sbani rugió a la vez que sus narices despedían un torrente de sangre.

Creed cargó ahora y golpeó a fondo el estómago de su adversario. Sbani se curvó hacia adelante. Un puño cayó sobre su nuca y ello significó el fin de la pelea.

Pasaron casi diez minutos antes de que Sbani se sentara en el suelo, con ojos turbios y la pechera llena de sangre. Esta vez vio un revólver en

manos de Creed.

Su cara expresó el miedo que sentía. Creed movió el revólver.

—Siéntese y escriba lo que le voy a dictar —ordenó.

—No se atreverá a disparar...

El silenciador apagó el estampido del revólver. Sbani lanzó un aullido de pánico al sentir el viento de la bala junto a su oreja.

—No se lo repetiré más —dijo Creed fríamente.

Sbani se puso en pie. Todo su valor había desaparecido ya.

Escribió lo que Creed le dictó, sintiendo constantemente el cañón de su revólver en la nuca. Al terminar, firmó, escribió el sobre y cerró la carta.

—Yo me encargaré de echarla al correo —dijo Creed—. Ahora, prepárese a salir. Nos vamos.

—¿Adónde? —preguntó Sbani torpemente.

—A mil kilómetros de Álamo Springs, pero yo volveré y usted no. Si lo hace, le mataré —anunció el joven escuetamente.

Empujó a Sbani hacia la calle.

—No le hubiera hecho nada, si se hubiese tratado de un problema laboral justo, e incluso injusto, pero siempre relacionado con la fábrica —manifestó—. Lo que no puedo tolerar es su colaboración con un rufián y asesino y por eso lo expulsó de la ciudad.

Sbani no contestó, no tenía fuerzas para hablar.

* * *

Laura contempló con ojos maravillados a su visitante.

—¿De dónde sale, Roo? Creí que se habría perdido... El joven emitió una sonrisa.

—He estado de viaje —se disculpó—. ¿Puedo usar su teléfono, Laura?

—Naturalmente. Le prepararé una copa...

—No, gracias, prefiero café, si no es molestia.

—En absoluto, Rob.

Laura se dirigió a la cocina. Creed tomó el teléfono y marcó un número. Segundos más tarde, comunicaba con su amigo.

—Hola, Dink —dijo alegremente—. Ya estoy de vuelta.

—Has tardado casi dos días —le reprochó Stuart—. ¿Qué te ha pasado?

—Oh, fue un viaje muy largo —sonrió el joven—. Sbani y yo nos divertimos mucho, créeme.

—Eso explica su ausencia y la carta que dirigió a uno de sus amigos —dijo Stuart.

—Y me imagino que la huelga habrá cesado.

—Figúrate. Sbani decía que se marchaba de Álamo Springs porque había encontrado un empleo mejor pagado. Esa noticia desconcertó a los

provocadores y los demás, al enterarse, comprendieron que Sbani no era tan defensor de sus intereses como proclamaba y volvieron al trabajo.

—Batti le pagó cinco mil por esta huelga. Yo le dejé solamente cien para que diera sus primeros pasos por su nuevo mundo.

—¿Muy lejos de Álamo Springs, Rob?

—Unos ochocientos cincuenta kilómetros, en medio de un bosque y sin coche, claro.

—¿Qué pasó con el resto del dinero, Rob?

—No te sientas receloso, Dink; sigo siendo honrado. Encontré un orfelinato a la vuelta y dejé un donativo anónimo.

—Está bien. ¿Qué otros proyectos tienes por ahora?

—Dink, tú dijiste que, aparte de sus otros negocios, Batti quería apoderarse de la fábrica. ¿No te parece que pagar cinco mil dólares por cada huelga provocada resulta un precio demasiado alto?

—Comparado con lo que pagó por los asesines profesionales, parece hasta barato.

—Sí, pero esto, en cierto modo, es defender su propio pellejo —alegó Creed—. ¿No habrá alguien detrás de él en este asunto de la fábrica?

—Pudiera ser —admitió Stuart pensativamente—. Batti no parece ser de la clase de tipos a quienes puedan agradar las complicaciones que siempre presenta la dirección de una fábrica. Claro que él se quedaría como dueño aparente, pero otros la dirigirían en realidad.

—Eso es lo que yo quiero decir. Trata de averiguar lo que puedas y dintelo, ¿comprendes?

—De acuerdo. ¿Algo más, Roo?

—No, eso es todo por ahora.

Creed colgó el teléfono. Laura depositaba la bandeja con el café en aquellos momentos sobre una mesa.

—¿Espionaje también? —dijo.

Creed se quedó parado al oír aquella palabra.

—Espionaje —repitió—. No se me había ocurrido, Laura.

Ella vertió el café en las tazas.

—La fábrica construye piezas de interés estratégico —dijo—. Por lo que he oído y lo que puedo deducir, no es negocio que interese demasiado a Batti, aunque reconozcamos que es bastante productivo.

Creed tomó la taza con el plato y se reclinó en el diván.

—Si consigue la fábrica, conseguirá los planos también —murmuró—. Como nuevo propietario o bien accionista mayoritario, tendrá acceso hasta a los lugares más secretos. Y también los nuevos directores, desde luego.

—Eso es lo que yo pienso, Rob —dijo Laura.

—Lo cual significa que esta vez Batti se ha embarcado en un negocio de mucha envergadura. Millones. Rob.

—Sí, y él no es tipo para manejar una suma tan elevada. Lo más

probable es que le paguen muy bien su concurso e incluso su apariencia como dueño de la Miller Supplies, pero otros serán quienes la dirijan a su antojo... o bajo órdenes de alguien que no vive en el país.

—Exactamente, Rob.

Hubo un momento de silencio. Luego, ella dijo:

—Rob, Batti me ha invitado esta noche a su casa ¿Qué hago?

—¿Ha estado antes allí? —preguntó.

—No, nunca.

—Bien, vaya... si es que se atreve...

—Iré, Rob —aseguró Laura.

—En ese caso, háblele o insinúe algo sobre joyas. Quizá tenga algunas guardadas en el piso, probablemente, en alguna caja fuerte. Pídale que se las enseñe, pero fíjese en la combinación de esa caja fuerte y en su ubicación dentro de la casa, ¿Ha comprendido?

Laura hizo un signo de asentimiento.

—Lo haré, Rob —prometió.

* * *

Amy Marvin le recibió vestida deslumbrantemente, con una larga túnica de pesada seda blanca, con orla de oro en los bordes, y el pelo suelto a lo largo de su espalda. Creed reconoció en su interior que era una mujer bellísima.

—He venido a cobrar la factura —anunció él.

Amy le tendió una mano de delicado contacto.

—Pagaré —repuso, mirándole intensamente.

Creed cruzó la puerta. Ella cerró y le indicó un blando diván.

—Siéntese, por favor, señor Creed.

—Me llamo Rob —sonrió él.

—Mi nombre es Amelia, pero todos me llaman Amy.

—Sí, Amy.

—¿Quiere algo de beber?

—Lo que me ponga, gracias.

Amy preparó dos vasos altos rápida y diestramente. Creed observó que ella los había llenado casi por completo.

—Demasiada bebida —objetó.

Ella estaba sentada a su lado, muy próximos ambos cuerpos.

—La noche es larga —contestó con un cálido susurro.

Creed tomó un sorbo. Luego, sin previo aviso, rodeó con sus brazos el esbelto talle de Amy. Ella se dejó hacer sin oponer apenas resistencia.

Sonreía incitantemente.

De pronto, la muchacha se dirigió al interior del departamento. Creed

quedó solo.

Sacó cigarrillos y se puso uno en los labios. Luego buscó fósforos.

—Maldición, me los he dejado —gruñó.

Buscó sobre la mesita, donde había una caja para cigarrillos. La abrió y encontró en ella una tira de fósforos con el anuncio de un establecimiento comercial de una ciudad de California.

Creed encendió el pitillo y expulsó el humo de la primera bocanada. Se preguntó por qué se había quedado mirando fijamente la tira de fósforos.

El comercio del anuncio era de Fresno, California. Resultaba raro, se dijo.

Fresno, California, repitió una y otra vez. Pero, ¿no había oído decir que Amy procedía de Morgantown, Illinois?

—Amy Martin —dijo a media voz—. Las mismas iniciales que Andy Murphy.

¿Ella, el asesino conocido bajo la clave KE-601?

¿Y por qué no? ¿Por qué no había de ser Amy un asesino profesional?

Dejó el cigarrillo en el cenicero y alargó la mano hacia el vaso. De súbito, un olor extraño llegó a su pituitaria.

Era un olor dulzón y amargo al mismo tiempo, olor a almendras amargas.

—Ácido prúsico —musitó.

Amy había cedido demasiado pronto. Mientras le besaba, una de sus manos había dejado caer en el vaso una pastilla de cianuro potásico.

—Un trago de este brebaje y me voy al otro mundo —dijo.

De pronto oyó pasos. Amy apareció en el umbral de la puerta.

Ya no sonreía. Tenía las manos a la espalda y su pecho subía y bajaba con reveladoras curvas bajo la seda de la túnica.

Cread y Amy se contemplaron en silencio durante unos segundos. Ambos sabían ya la verdad de sus respectivas posiciones.

CAPÍTULO XI

—Do modo que tú eres KE-601, alias Andy Murphy —dijo Creed, tras una prolongada pausa de silencio.

—Sí —admitió ella sin pestañear.

—Entonces, no te llamas Amelia.

—Andrea, pero, a veces, el diminutivo se usa también en femenino.

—Eso lo explica muy bien, Andy —sonrió Creed—. Y vas a matarme.

Ella movió los brazos. Un arma extraña apareció ante los ojos de Creed.

—Era un rifle de cañón cortado por la mitad, con silenciador y mira telescópica. La culata había sido modificada y podía usarse como pistola o bien como rifle para tiros a cierta distancia, por medio de un culatín metálico replegable.

—Un arma curiosa —calificó él.

—Lo sé.

—¿Construida por ti?

—No. Un amigo mío. Murió en un encuentro con la policía.

—También asesino profesional, supongo.

—Sí.

—¿Te inició él en la «profesión»?

—Sí.

—Acabarás como tu amigo, Andy.

Ella sonrió ligeramente.

—Lo veo difícil. Ya tengo todo preparado. Me iré después de que te haya matado, Rob —contestó.

—Es lógico. Nosotros buscábamos a un hombre. Resultó ser una mujer, extraordinariamente hermosa, además.

—Gracias por el elogio, Rob. Créeme que lo siento, pero acostumbro a cumplir mis compromisos. ¿Cómo me has descubierto?

—Los fósforos. No son de Morgantown, sino de Fresno.

—Un pequeño error —admitió ella fríamente—. Esperaba que hubieras tomado el licor. Habría resultado más fácil para ambos.

—Sobre todo, para ti, después de haber fracasado la otra noche.

—Tuviste suerte, en efecto, Rob.

—Fallaste el primer tiro y yo nunca dejo la ocasión al contrario de corregir la puntería.

Andy rio suavemente.

—¿Crees que podía fallar con esto? —dijo, moviendo el arma. Lo que quería era que hicieras precisamente lo que hiciste.

—Tenderme bajo el coche.

—Sí.

—Y allí había cuatro cartuchos de dinamita, colocados por ti.

—Sí. Yo no sé preparar una trampa explosiva, conectando la dinamita al arranque eléctrico de un coche, pero sujetar cuatro cartuchos con cinta adhesiva al piso del vehículo ya es más fácil. Y rápido.

—Y lo malo para ti es que yo pude verlos a tiempo y que la distancia dificultaba un tanto tu puntería, Andy.

—Es cierto. Después de los primeros disparos, me tiré al suelo y entonces fue cuando acerté. Te salvaste de milagro, Rob.

—En Vietnam las pasé peores, Andy. Dime, ¿no sientes deseos de dejar la «profesión»?

Ella se encogió de hombros.

—¿Para qué? Gano bastante dinero, de una manera muy cómoda y nadie conoce además mi verdadera personalidad.

—Pero Pharlock está muerto. Ya no podrá ofrecerte más contratos, Andy.

—No faltará quien lo haga, Rob.

Creed percibió un extraño brillo en las pupilas de Andy y se tiró al suelo bruscamente, dando vueltas sobre sí mismo.

El rifle escupió dos o tres llamaradas. Andy maldecía mientras trataba de alcanzar a Creed. De pronto, Creed se detuvo un instante.

Ya tenía su revólver en la mano. El arma disparó tres tiros en un segundo.

Andy retrocedió como si hubiese recibido un golpe en pleno pecho. El rifle saltó de sus manos.

Creed la vigilaba atentamente, dispuesto a hacer fuego nuevamente si era necesario. Ella se arrodilló de pronto, con la cara crispada por el dolor.

Su blanca túnica se manchaba de rojo a la altura del pecho. Con ojos de infinita desesperación dirigió a Creed una última mirada. Luego, inclinándose a un lado, acabó por quedar tendida en el suelo.

Creed se arrodilló a su lado.

—Debieron haberte dicho que yo soy un tipo muy duro, Andy —murmuró.

—Ahora... lo... he visto... —susurró ella.

—Eres una mujer muy hermosa, nacida para el amor y la vida, pero preferiste la muerte. Ya tienes lo que deseabas.

Andy no contestó. Sus ojos estaban fijos en el techo.

Creed se incorporó, suspirando con fuerza.

Ya no tendría que mirar por encima del hombro, se dijo.

¿O sí?

Batti continuaba todavía en actividad. Debía tenerlo en cuenta.

Y recordarlo constantemente durante cada uno de los minutos de su estancia en Álamo Springs.

Todavía debía seguir durmiendo con los ojos abiertos.

Se acercó al teléfono y marcó un número. Momentos después, oyó la voz de su amigo.

—Habla el jefe Stuart.

—Soy Rob, Dink. He localizado a Andy Murphy.

Hubo una sorprendida pausa de silencio. Luego, Stuart dijo:

—¿Dónde está, Rob? Enviaré una patrulla a arrestarlo...

—Ya no hace falta, Dink.

—Comprendo —murmuró el policía—. ¿Te costó reconocerlo?

—Según se mire, Dink —contestó Creed—. Era una mujer.

* * *

—Nunca lo hubiera creído, Rob —dijo Stuart a la mañana siguiente.

—Yo tampoco, hasta que lo supe de una manera inequívoca.

—De modo que ella fue la que voló tu coche a tiros.

—Sí. Una trampa muy hábil, es preciso reconocerlo. Falló el primer tiro deliberadamente, obligándome a esconderme bajo el coche. Si no llego a ver entonces la dinamita...

Creed se estremeció. Sacó un pañuelo y se secó la frente.

—Todavía siento escalofríos cada vez que lo recuerdo —añadió.

—Me lo imagino —dijo Stuart—. Luego quiso emplear el veneno.

—Sí, pero se percató de que ocurría algo raro y trató de rematarme con un arma clásica.

—Fuiste muy afortunado, Rob. ¿Cómo conseguiste evitar los disparos?

—Procuré distraerla con la conversación. Pero llegó un momento en que se acabó el tema. Andy, desde luego, estaba entrenada para tirar a blanco parado; no tenía experiencia en la lucha en movimiento, donde es preciso adivinar el menor gesto del adversario.

—Comprendo. Pero nuestros problemas no han terminado todavía, Rob.

Creed suspiró.

—Lo sé, Dink. Sin embargo, espero hoy recibir buenas noticias —contestó.

—¿Por ejemplo...?

—El lugar donde Batti tiene su caja fuerte y la combinación.

Stuart respingó.

—Demonios, eres un hombre que no perdona una —exclamó.

Creed sonrió.

—Trató de cumplir la misión que me confiaste —respondió.

—Sí, y hasta ahora lo estás haciendo muy bien —elogió el policía—. Oye, cuando termines con esto, ¿por qué no te quedas en Álamo Springs? —sugirió.

—No. —Creed hizo una mueca—. Vine aquí para apodar a un amigo, pero no me gusta este género de vida.

—Volverás a tu rancho de caballos en Nevada.

—Sí. Es un lugar magnífico y, para mí, una vida maravillosa.

—Rob, estás soltero. Un rancho solitario no es cosa que convenga a un hombre —sonrió Stuart.

—Algún día habrá allí una señora Creed —contestó el joven, a la vez que se ponía en pie—. Bien, ¿quieres algo más de mí?

—Nada, yo me ocuparé de los trámites restantes. Vete sin temor, Rob.

—Gracias, Dink.

A la salida del despacho se encontró con el teniente Mallory, uno de los más eficaces colaboradores de su amigo.

—Buen trabajo —elogió el oficial, un hombre de unos cuarenta años, con cara de perro de presa y de espíritu insobornable a toda prueba.

Creed hizo una mueca.

—Un poco de suerte, eso es todo, teniente —respondió.

—Espero que termine todo pronto, señor.

—Así lo deseo yo, Mallory. Buenas tardes.

—Adiós, señor.

* * *

Estaba en su habitación, sentado en un diván, los pies sobre una mesita baja y los ojos cerrados.

Reflexionaba.

La muerte de la hermosa Andrea Murphy le había impresionado enormemente, más de lo que había querido confesar.

Una mujer nacida para el amor... y se había dedicado al sanguinario oficio de matar por dinero. ¿Qué habría pensado en los últimos momentos? —se preguntó.

Aquello era ya pasado. No debía volver la vista atrás en estériles rememoranzas. Solo debía mirar hacia adelante.

El estridente timbre del teléfono le arrancó de sus melancólicas abstracciones. Recogió las piernas y se inclinó hacia adelante.

—Habla Creed —dijo.

—Hola, Rob. Soy Laura. Tengo noticias para usted.

—¿Buenas?

—Excelentes. Pero no son para ser expresadas por teléfono.

—Entiendo. Sin embargo, es un poco tarde, Laura.

—No importa, Rob.

—De acuerdo. Iré ahora mismo. Ah, una cosa. Laura... ¿Cómo es que no está en el Funny Club?

—Es lunes y los lunes cierran para limpieza general, reposición de bebidas y otras cosas.

—Sí, entiendo. Voy enseguida, Laura.

—Le espero, Rob.

Creed volvió el teléfono a la horquilla. Luego sacó el revólver de la funda axilar y comprobó la carga.

Estuvo pensando unos momentos en si debía llevar la otra pistola, pero desistió al cabo. Todavía no tenía otro coche y debía tomar un taxi. El conductor cedría recelar y ponerle en un compromiso, cosa que deseaba evitar.

Abandonó la estancia y descendió al vestíbulo. Salió a la calle y agitó la mano.

Un taxi se detuvo a los pocos instantes. Creed abrió la portezuela y se dispuso a ocupar el asiento posterior. Una voz burlona dijo entonces:

—Bienvenido a bordo, polizante.

CAPÍTULO XII

Creed contempló durante unos instantes la pistola con la cual Trevor Davis le apuntaba desde el oscuro fondo del asiento. Tenía medio cuerpo fuera todavía, pero pronto se dio cuenta de que las balas que el forajido le dispararía serían más rápidas que él.

Terminó de entrar y se sentó. El supuesto taxi arrancó de inmediato.

Davis le desarmó rápidamente. Un individuo surgió de pronto, levantándose del fondo del asiento delantero, junto al conductor donde había estado agazapado hasta entonces.

—Hola —dijo Tom Ligg jovialmente.

—Parece que nos juntamos gente conocida —comentó Creed, sin inmutarse.

—El jefe nos dejó el encarguito a Tom y a mí —explicó Davis apaciblemente—. Ambos tenemos una cuenta que saldar con usted.

—¿Y ése? —Creed señaló al conductor.

—Ah, es otro de la «panda». Se llama Phil Guzzara. Phil, saluda al caballero, hombre.

—Hola —gruñó el chófer.

—Tiene los modales un poco bastos, pero es buen chico —Ligg sonrió al decir esto.

—Claro, claro, es algo que va con el carácter de cada cual. Y, ¿adónde vamos, si puede saberse? —preguntó Creed con fingido aspecto de indiferencia.

—La noche está muy buena —contestó Davis.

—Ideal para dar un paseíto —agregó Ligg siniestramente.

Creed se estremeció al oír aquellas palabras.

Era una brutal confesión de las intenciones de aquellos forajidos. Para él iba a ser un paseo sin retorno.

«Me he descuidado», pensó.

Pero ya no valían los reproches. Le que debía hacer era intentar salir del apuro a toda cosía.

Por el momento, sin embargo, era imposible. La pistola que Davis empuñaba con mano firme se clavaba en su costado derecho. Y Ligg, vuelto hacia él, le apuntaba con la suya por encima del respaldo del asiento delantero.

Salieron de la ciudad. Guzzara aceleró al hallarse en la carretera.

Pasaban ya de las doce de la noche. Creed suponía que los pistoleros buscarían un lugar desierto, en donde le pegarían cuatro tiros, escondiendo luego el cadáver para dificultar su búsqueda.

Transcurrió un cuarto de hora. De pronto, el vehículo se metió por un camino lateral.

El coche serpenteó por las laderas de las colinas durante diez minutos más, hasta detenerse ante lo que parecía ser una cabaña de recreo, situada en la mitad de la falda de un cerro cubierto de vegetación.

El cerro formaba como una especie de C de ramas bastante abiertas. La cabaña se hallaba casi en su centro. Las laderas impedían ver la escena salvo desde el frente, pero allí no había otra cosa que bosque.

Ligg se apeó primero y apuntó a Creed con su pistola. Entonces se apeó Davis. El chófer lo hizo por el otro lado.

—Camine con las manos en alto —le ordenaron.

Creed obedeció. Por el momento, no le iban a matar. «Nadie mata a otro en un lugar como éste», pensó. Otra cosa hubiera sido de hallarse en lugar completamente despoblado.

Dieron la vuelta a la cabaña. Guzzara se acercó a la pared posterior y tocó un interruptor. Dos lámparas se encendieron de inmediato.

Entonces Creed vio algo que le puso los pelos de punta. Davis observó la crispación de su rostro y se echó a reír.

—Sí, amiguito —corroboró—. Con usted vamos a emplear un ataúd de cemento.

* * *

Había apilados al pie de la pared una docena de sacos de cemento y un pequeño montón de grava para hacer la mezcla. Creed divisó también un gran balde lleno de agua y una manguera conectada a un grifo que salía al exterior.

Un poco más allá, había un gran hueco excavado en el suelo, que medía dos metros de largo, por algo más de uno de anchura y otros dos de profundidad. La excavación tenía una forma perfectamente regular.

—Parece que han estado trabajando aquí durante días —observó, procurando mantener la calma.

—Solo veinticuatro horas, pero hemos trabajado de firme —contestó Davis.

—Y me van a meter ahí, después de pegarme un tiro en la cabeza.

—Nada de eso. Lo enterraremos vivo.

Un reguero de sudor corrió a lo largo de la espalda de Creed. Guzzara se acercó al cemento y vertió un saco en la fosa.

—Sí, vivo —continuó Davis estremecedoramente—. Le echaremos ahí y lo cubriremos con cemento. Y nadie podrá encontrar su cuerpo jamás.

—Se encontrarán los restos de la excavación.

—¿Qué restos? Esparciremos bien la tierra que sobre y, en cuanto al cemento y a la mezcla, está perfectamente calculada la cantidad que necesitamos. Quedará un espacio de casi un metro hasta la superficie del suelo, que recubriremos con tierra. Tenemos ahí un plantón de pino y semillas de césped. ¿Cree que lo encontrarán?

Creed hizo un signo negativo.

—Indudablemente, es un bonito plan —aprobo.

Davis se echó a reír.

—El jefe tiene buenas ideas, de cuando en cuando, ¿verdad, tú, Tom?

—Así es —convino Ligg sonriendo malignamente.

—Vamos, tú, ayúdame —gruñó Guzzara.

Ligg enfundó la pistola.

—Vigila bien, Trevor —recomendó.

—Descuida, compañero —respondió Davis.

La boca del arma se apoyaba firmemente en la nuca de Creed. Bastaría una ligera presión para hacerle saltar el cráneo en pedazos.

Los dos pistoleros se afanaban echando agua, cemento y gravilla en el fondo de la excavación. Creed sabía que cuando hubiese una determinada cantidad, lo arrojarían a él sobre el cemento fresco y luego terminarían de cubrir su cuerpo con otra capa de medio metro del mismo material.

Después rellenarían el resto con tierra, plantarían el retoño de pino, sembrarían el césped y...

Antes le atarían de pies y manos para facilitar la tarea, claro. Y esto era algo que no iba a tardar mucho en suceder.

Pero él debía hacer algo para evitarlo.

Aunque recibiese un balazo mortal. Si le iban a enterrar en cemento, no quería que fuese vivo.

Inspiró con fuerza. Guzzara y Ligg no podían tardar ya mucho en terminar la primera mitad de la mezcla.

Era preciso actuar y ya no podía perder mucho más tiempo. Volvió a llenarse los pulmones de aire y, súbitamente, se agachó, a la vez que pegaba un manotón a la pistola de Davis.

El arma se disparó. Creed sintió el fogonazo a un palmo sobre su cráneo, pero ya empezaba a volverse.

Ligg chilló. El conductor emitió uno de sus habituales gruñidos.

Creed levantó la mano izquierda y desvió la pistola, una fracción de segundo antes de que Davis hiciese fuego de nuevo. Luego le golpeó salvajemente con el canto de la mano en la garganta.

Se oyó un brutal gorgoteo. Creed se tiró al suelo, empujando al mismo tiempo a su adversario. Ligg disparó una vez, pero la bala le pasó por encima.

Estiró el brazo. Una bala le rozó los hombros. Agarró la mano de Davis

y la levantó, obligándole a disparar dos veces.

Ligg y Guzzara se dispersaron. Davis se contorsionaba frenéticamente a causa del dolor que sentía.

Creed pudo apoderarse del arma. Disparó otras dos veces al buen tuntún y obligó a los pandilleros a tirarse al suelo.

Guzzara disparó. Davis chilló agudamente cuando una bala se le hundió en el cuerpo.

Creed procuraba mantener a Davis como parapeto humano. Nerviosamente, le tanteó las ropas para recuperar su revólver.

Notó un bulto y rasgó el bolsillo de un tirón. El revólver pasó a su mano izquierda.

Davis se agitaba, aunque parecía fuera de combate. Ligg se levantó de pronto y zigzagueó en busca de una mejor posición, protegido por el fuego de su compañero.

Creed percibió claramente el golpe de un par de balas en el cuerpo de Davis. Tendido por completo tras el humano parapeto, disparó tres veces con la otra pistola. Ligg se tiró detrás de un árbol.

Guzzara trató de buscar una mejor posición. Creed cambió de arma y disparó dos veces.

La carrera del pistolero fue súbitamente interrumpida por el encuentro de su cuerpo con las dos balas. Guzzara se detuvo un momento al borde de la fosa y luego se precipitó a su interior. Un sordo «sschapf» fue el final de su carrera de crímenes.

Ligg pareció enloquecer y disparó varios tiros seguidos. Davis ya no sentía el impacto de las balas.

El fuego del pistolero cesó. Creed comprendió que estaba recargando su pistola.

Se levantó de un salto y corrió a guarecerse detrás de la cabaña. Dio la vuelta y se refugió en el perche delantero.

Esperó allí, con los nervios en tensión. Sudaba copiosamente. Su ropa interior estaba empapada por completo.

Sonaron pasos cautelosos. Ligg se asomó y contempló el vehículo.

Creed permanecía inmóvil. De repente, arrancó hacia el automóvil.

—¡Ligg!

El pistolero se volvió, haciendo fuego enloquecidamente. Pero sus balas no encontraron el blanco que buscaban, dirigidas a un lugar de donde había salido la voz un segundo antes.

En la esquina del porche brillaron tenues varios fogonazos. Las detonaciones resonaron muy apagadas, en contraste con el estruendo de la pistola de Ligg.

Creed permanecía de rodillas, en la misma posición en que había disparado el arma. Ligg se mantuvo en pie unos segundos.

Después empezó a girar muy despacio, como en cámara lenta. Su brazo

derecho se elevó y el arma se escapó de sus dedos. Luego cayó de espaldas, levantó ligeramente la pierna derecha y finalmente se quedó inmóvil.

Creed se puso en pie, pasándose la manga por la frente inundada de sudor. Se acercó al pistolero y comprobó que estaba muerto.

Luego dio la vuelta a la cabaña.

Davis había recibido al menos una docena de balazos.

—¿Qué otra cosa podías esperar, con la vida que llevabas? —le apostrofó con un gruñido, en el que desahogaba la cólera que sentía.

Luego se acercó al borde de la excavación.

Guzzara yacía boca abajo, en medio del cemento, que se fraguaba en torno a su cuerpo.

—Espero que no te opondrás a que te dejen ahí para siempre —dijo, como si el muerto pudiera escucharle.

Respiró varias veces seguidas. Después, se encaminó hacia el automóvil.

En la guantera encontró lo que esperaba. Mientras bebía un largo trago del licor contenido en el frasco, pensó que resultaba lógico que unos tipos semejantes llevaran algo de beber en el coche.

Momentos más tarde, emprendía el regreso a Álamo Springs.

CAPÍTULO XIII

Creed se detuvo en una estación de servicio para llamar a Laura.

La muchacha estaba muy alarmada por su tardanza.

—¿Qué le ha pasado, Rob? —exclamó—. ¿Por qué se retrasa tanto?

—Yo tampoco se lo puedo explicar por teléfono —contestó él. Se lo diré en persona dentro de unos minutos. Créame que el retraso ha sido por completo involuntario.

—Sí, Rob, eso me tranquiliza bastante...

—Voy enseguida, Laura. Ah, vaya poniendo la cafetera al fuego.

—Ahora mismo, Rob.

Creed colgó el teléfono y abandonó la cabina. Instantes más tarde, reanudaba la marcha.

Laura le recibió con una bata corta, de amplias mangas, sujeta a su esbelto talle por un cordón dorado. Los ojos de la muchacha expresaban ansiedad.

—¡Pero Rob, ¿adónde se ha metido? Está lleno de suciedad...

—Ahora se lo contaré todo —sonrió él—. ¿Puedo lavarme las manos?

—Desde luego. Cuando salga, ya tendrá el café lisio.

—Gracias, Laura.

Creed fue al baño y regresó momentos después, con la chaqueta bajo el brazo. Se sentó en el diván y tomó la taza que le entregaba ella.

—Le ha sucedido algo —adivinó Laura.

Creed tomó un sorbo de café.

—Estoy vivo de milagro —contestó.

—¡Oh! ¿Qué le ha pasado, Rob?

—Tomé un taxi que no era tal y me llevaron a las colinas. Pretendían ponerme un traje de cemento.

—¿Cómo? —se sorprendió Laura.

—Iban a enterrarme vivo en una fosa de cemento fresco.

Ella palideció terriblemente.

—¡Dios mío! ¡Qué horror! Pero, ¿cómo es posible que haya gentes con esos sentimientos?

—Y todavía peores —dijo él—. Por fortuna, pude escapar en el último momento.

—Ahora volverán a perseguirle, Rob.

Creed se encogió de hombros.

—Es probable, pero ahora estaré más prevenido. Evitaré tomar un taxi mientras me sea posible.

—Tengo ganas de que se acabe esta horrible situación, Rob —manifestó Laura—. ¿Hasta cuándo vamos a seguir así?

—No por mucho tiempo —aseguró él—. Pero creo que usted me llamó para decirme algo importante.

—Sí, Rob. Sé dónde está la caja fuerte de Batti y también conozco la combinación.

Creed la contempló con ojos de admiración.

—Es usted maravillosa —exclamó—. ¿Cómo lo consiguió?

—Bueno... Yo le mencioné a Batti algo sobre joyas y él dijo que tenía algunas en casa. Le pedí que me las enseñase y accedió. Cuando vi que se disponía a abrir la caja, me situé a su lado, apoyada en la pared con actitud de indiferencia, pero sin perder de vista los menores movimientos de sus dedos.

—Y así supo la combinación.

Laura se echó a reír.

—Casi no hubiera hecho falta ponerme a su lado —dijo—. Batti pronunciaba las cifras a media voz, mientras iba marcándolas en las ruedecillas.

—Es un medio instintivo de reforzar la memoria —explicó él—. ¿Vio algo más, aparte de las joyas?

—No, no quise mostrarme curiosa en exceso, a fin de no despertar recelos en él.

—Hizo bien —aprobó Creed. Laura citó las cifras y él las anotó en su agenda—. No sé cómo darle las gracias, muchacha —añadió.

—Lo hago con mucho placer, Rob, porque recuerdo que usted nos salvó a todos en la Senda del Demonio.

—Aquello no tuvo importancia, eran cuatro o cinco viets con ganas de quemar un poco de pólvora. De haber sido una emboscada en regla, no estaríamos juntos ahora, de lo cual me alegro, como puede comprender.

Ella se ruborizó ligeramente. Creed se puso en pie.

—Tengo que irme ya. Es muy tarde —dijo.

—¿Le veré mañana? —preguntó Laura.

—No se lo aseguro, aunque haré todo lo posible. Ah, sí averiguase algo, no deje de llamarme o de avisar al jefe Stuart. Ahora le daré sus teléfonos particulares, tanto de la Jefatura como de su casa.

—De acuerdo, Rob.

Momentos después, Creed puso la mano en el picaporte.

—Laura —dijo—, me gustaría saber una cosa.

—¿Sí, Rob?

—¿Qué hará usted si puede desligarse de Batti? ¿Seguir cantando?

—Es todo lo que sé hacer —respondió ella—. Buscaré otro contrato... pero enterándome antes de la personalidad del que me contrate. Y usted, ¿se irá de Álamo Springs?

—Resido en Nevada. Allí tengo mi medio de vida. Me volveré a casita.

—¿Cuál es su trabajo en la vida civil, Rob?

—Tengo un rancho de caballos. Me desenvuelvo bien, por fortuna.

—Lo celebro, Rob. Buenas noches.

Creed se echó a reír.

—Casi son ya buenos días, Laura —se despidió.

* * *

Prudentemente oculto tras la vidriera de una cafetería próxima, Creed vio salir a Batti, seguido de Zagh y otros dos individuos. Creed adivinó lo que se escondía tras el duro ceño del propietario del Funny Club.

Batti estaba preocupado por la tardanza de sus secuaces. O quizá conocía ya la noticia. En todo caso, era fácil adivinar que su humor era todo, menos bueno.

Los cuatro hombres montaron en un coche. Arriba, en el ático, quedaba otro de guardia, como de costumbre.

Creed aguardó algunos minutos. Luego abandonó la cafetería y cruzó la calle.

Entró en el edificio. El ascensor le llevó hasta la penúltima planta.

Cubrió a pie el resto. Se acercó a la puerta y llamó.

La mirilla se descorrió a los pocos instantes. Una mano se coló por el hueco y agarró al guardián por los pelos, tirando de él con fuerza.

—Escucha —dijo Creed—, esto que tienes apoyado en la frente es una pistola con silenciador. Puedes negarte a abrir la puerta y yo me quedaré afuera, pero tú morirás en ese caso, ¿lo entiendes?

Costello apenas si podía hablar. Creed siguió:

—Descorre el pestillo con la mano derecha. Luego pónela en la cara, que la vea yo. Y no intentes sacar tu pistola; de nada te serviría.

Segundos después, Costello se ponía la mano derecha en la cara. Entonces, Creed cargó violentamente con el hombro y la puerta derribó al pistolero.

Creed salvó el umbral de un salto. Costello trataba de sacar el arma, pero él le puso una pistola en el pecho.

—¿Tienes ganas de morir?

El rufián se quedó inmóvil en el acto, todavía tendido en el suelo. Creed se separó dos pasos, sin dejar de encañonarle con el arma.

—Levántate y date la vuelta —ordenó.

Costello obedeció, bramando de ira interiormente. De pronto, algo muy

duro le golpeó en la nuca y se desplomó fulminado.

Creed pasó el pestillo nuevamente. Luego ató y amordazó al pistolero; quería trabajar con tranquilidad.

Acto seguido buscó la caja fuerte. Estaba detrás de un cuadro que representaba un antiguo velero navegando a todo trapo.

El metal de la caja fuerte brilló ante sus ojos. Creed se echó aliento en las yemas de los dedos y empezó a mover las ruedecillas.

Momentos después, hacía girar la puerta. Dentro de la caja fuerte divisó varios fajos de billetes y unos cuantos estuches que contenían joyas de gran valor.

Le interesaban los documentos sobre todo. Empezó a revisarlos velozmente, separando de cuando en cuando algunos que le parecían podían resultar comprometedores para Batti.

Había también una libreta de notas, con párrafos que parecían en clave en ocasiones. Otras, las notas estaban escritas normalmente, pero carecían de importancia.

En una de las páginas, sin embargo, encontró algo que llamó su atención:

Remesas de D. K. F. 11-9-69, \$ 10.000...

Había casi una docena de tales anotaciones, ninguna de las cuales la cifra bajaba de los cinco o seis mil dólares. Se preguntó cuál era la personalidad que se escondía tras las iniciales D. K. F.

Las anotaciones correspondían a dinero recibido, indudablemente. El total ascendía a cuarenta y seis mil dólares.

Por último, encontró una nota escrita en un trozo de papel de seda, sin duda pasada a mano en algún encuentro aparentemente. La nota decía:

«Se enviará el resto cuando esté en condiciones de conseguir el objetivo».

La nota iba sin firma y escrita a máquina, pero el significado estaba claro para Creed. El objetivo era la Millar Supplies y el resto se refería a la suma necesaria para hacerse con el paquete mayoritario de acciones.

Las notas anteriores eran de remesas de dinero hecho para sufragar los gastos de las huelgas provocadas. Sbani había percibido una buena cantidad por sus actuaciones.

Cerró la caja, guardándose algunos documentos. Pasó un pañuelo por la superficie metálica, volvió el cuadro y se dirigió hacia la salida.

Costello estaba ya despierto. Creed sonrió.

—Alguien vendrá a desatarte —dijo—, pero, por si acaso lo haces tú...

Agarró el cable del teléfono y pegó un fuerte tirón. Luego, silbando alegremente, abrió la puerta y abandonó el piso.

CAPÍTULO XIV

—Algunos de estos documentos pueden poner en un serio apuro a Batti, en efecto —admitió Stuart—, pero un buen abogado podría librarle de compromisos.

—A veces, el *gong* salva a un boxeador al borde del «K. O.». —dijo Creed sentenciosamente—. Pero siempre queda para el asalto siguiente el castigo recibido en el anterior.

—¿Quieres decir que convendría formular una acusación contra él?

—Eso queda a tu discreción, Dink —contestó Creed.

Stuart movió la cabeza.

—Los documentos le comprometen, pero no definitivamente —manifestó—. Además, su abogado siempre podría alegar que fueron obtenidos de una forma ilegal y el juez suspendería el juicio por irregularidades de forma.

—Esa es la ventaja que tienen los tipos como Batti —masculló Creed indignadamente—. Se burlan de la ley, la escarnecen continuamente, pero cuando se ven en un apuro, la reclaman en su auxilio.

—Es su privilegio, Rob, no le des más vueltas.

—Sí, es cierto —suspiró Creed—. ¿Qué me dices de lo otro? Me refiero al asunto con D. K. F.

—Está muy nebuloso todavía. Podrías seguir investigando, ¿no te parece?

Creed levantó las manos.

—¡Puesto que no hay otro remedio! —se lamentó.

El interfono sonó en aquel momento.

—Llamada para el señor Creed —dijo la operadora de la centralita.

Creed agarró el aparato y pronunció su nombre. Una voz femenina, que no era la de Laura, como había creído, sonó al momento en sus tímpanos:

—Soy Mary Peak. Por favor, señor Creed, venga cuanto antes —rogó la mujer—. He descubierto algo interesantísimo.

—De acuerdo, Mary, iré ahora mismo —contestó el joven—. Guarde lo que sea y no lo enseñe a nadie.

—Sí, señor Creed.

El joven volvió el teléfono a su horquilla. Stuart depositó también el auricular supletorio.

—Lo he oído todo, Rob —dijo—. Pondré a tu disposición un coche de patrulla.

—Gracias, Dink. Siempre será mejor que un taxi —sonrió el joven.

En aquel momento se oyó de nuevo la voz de la telefonista:

—¡Jefe, está sonando la alarma en casa de la señora Peak! —anunció alarmada.

Stuart se puso en pie de un salto.

—Gracias, Nancy —contestó—. Rob, ahora yo iré contigo.

Los dos hombres se precipitaron hacia la escalera. Momentos después subían en un coche de patrulla, que arrancó de inmediato.

El conductor conectó la sirena. Creed le ordenó apagarla.

—Será mejor movernos en silencio —aconsejó. Se volvió hacia su amigo—. Y también convendría llegar por la calle posterior.

—Buena idea —aprobó Stuart.

El automóvil se movía velozmente. En los cruces donde había guardias regulando el tránsito, el conductor hacía señas con el brazo, a fin de que le dejasen el paso libre.

Ello significó un notable ahorro de tiempo. Por fin, el automóvil se detuvo al pie de la valla que delimitaba el jardín de la casa de Mary por su parte posterior.

Era una valla de poco más de metro y medio de altura. Creed saltó ágilmente y luego abrió una puertecita de madera, cerrada con un simple pestillo.

Dos agentes uniformados les acompañaban. Creed les ordenó situarse en las esquinas de la fachada delantera.

—No se dejen ver si no es preciso —indicó—. Y no permitan tampoco que nadie salga de la casa.

Luego se acercó a la puerta de la cocina. Abrió y oyó ruidos en el interior.

Pistola en mano cruzó el umbral. Cuando llegaba a —la otra puerta, alguien la abrió violentamente.

Creed saltó a un lado. El individuo vio a Stuart y sacó su pistola.

La mano de Creed fue mucho más rápida. Primero golpeó la muñeca del pistolero. Luego le golpeó en el cráneo.

El hombre se derrumbó como una masa inerte. Stuart lanzó un profundo suspiro de alivio.

—¡Uf! Creí que me metía un par de balas en el cuerpo.

Creed sonrió.

—Es demasiado torpe para tipos como nosotros —calificó.

Se asomó a la puerta. Cruzó un pasillo y llegó a la entrada del salón.

Allí el ruido era mucho mayor. Uno de los rufianes de Batti estaba revolviéndolo todo, sin la menor consideración para el mobiliario y la decoración.

El diván estaba desventrado y la tapicería rasgada por todas partes. A fin de no perder tiempo, el pistolero agarró un cuadro y lo tiró al suelo, haciendo que se rompiera el cristal para ver lo que había en su interior.

Mary Peak asistía impasible a la escena, sentada en una silla, muy tiesa, con las manos en el regazo. Creed abrió un poco más la puerta y ella lo notó.

Creed le hizo un gesto con la mano, recomendándole silencio. Ella, tras un brevísimo instante de asombro, contestó con un rápido pestañeo de asentimiento.

El joven cruzó la puerta sin hacer ruido. Detrás de él, asomó el jefe Stuart. El pistolero no se había dado cuenta de la presencia de los dos hombres.

De pronto, el pistolero pareció encontrarse con dificultades ante un cojín, que no podía rasgar con las manos. Soltó un grueso taco y luego dijo:

—¡Maldita sea, he olvidado mi navaja! Dame la tuya, Sharp.

Hablaba sin volver la cabeza, extendiendo la mano. Creed sacó su mechero y lo encendió. El chasquido era similar al de una navaja automática.

Creed acercó la llama a la mano extendida. Inmediatamente se oyó un aullido.

El pistolero soltó una grosera interjección.

—Pero, ¿qué diablos haces, condenado? Te he pedido la navaja y no él...

Volvió la cabeza mientras hablaba y entonces divisó a los otros dos. Una terrible expresión de sorpresa apareció en su cara.

—Lo siento —sonrió Creed—. Yo no tenía navaja.

Y acto seguido disparó el puño derecho con todas sus fuerzas.

El pistolero dio una voltereta en el aire, antes de caer al suelo, en donde quedó completamente inmóvil. Creed se inclinó sobre él y lo desarmó. Luego se volvió a su amigo:

—Dink, haz que tus hombres se encarguen de esta pareja —indicó.

—Conforme.

Creed se acercó a la joven.

—Ya estamos aquí, Mary —dijo.

Ella se puso en pie, sonriendo.

—Su llegada no ha podido ser más oportuna, Rob —manifestó. Apenas acababa de colgar el teléfono, cuando llegaron esos bandidos. No pude hacer otra cosa que pulsar el interruptor de la alarma.

Creed contempló una cajita que parecía un aparato de radio corriente, con la antena desplegada. Una vez se pulsaba el botón, emitía unas ondas en una longitud determinada de antemano, que se transformaban en el receptor en una serie de tañidos rápidos y seguros.

—Fue una buena idea, en efecto —convino.

Los policías estaban actuando ya. Stuart se acercó y Creed hizo las presentaciones.

—Es un placer, jefe —dijo Mary. Luego se dirigió a Creed—. Dudo mucho de que esos forajidos hubiesen encontrado lo que buscaban.

—¿Por qué? —preguntó Creed.

—Los vi venir por el sendero y recelé inmediatamente. A menos que hubieran hecho un registro personal, no lo hubiesen encontrado —contestó Mary, mientras se volvía de espaldas a los dos hombres, para subirse la falda. Sacó un papel sujeto al portalligas y luego se volvió—: Esto es lo que encontré —agregó—. Estaba en el portarretratos del pobre Jerry.

Creed rechazó el papel.

—Es a ti a quién corresponde recibirlo, Dink —puntualizó—. ¿Cómo lo encontró, Mary?

Mientras Stuart leía el contenido del papel, Mary explicó:

—Rob, usted me habló de una frase clave que Jerry hubiese podido pronunciar. Yo no recordaba ninguna, pero él sí la pronunció, aunque no verbalmente. ¡Mire!

Ella le tendió el retrato de su esposo, encuadrado en un ancho marco de caoba. Era un retrato de sobremesa y al pie del busto masculino había una dedicatoria:

«Mary, cuando me necesites, ven a buscarme».

Creed asintió en silencio. Mary añadió:

—Era el único sitio donde no habíamos mirado, Rob. Stuart lanzó de repente una exclamación:

—¡Tenías razón, Rob! ¡El asunto de la Miller Supplies entra por completo en la categoría del espionaje! Batti está en contacto con agentes extranjeros, cuyo representante, es decir, el que se entrevista con él, es una mujer llamada Doris Karpp-Felch.

—Cuyo nombre corresponde a las iniciales D. K. F. —dijo Creed.

—Exactamente.

—Dink, ¿es suficiente ese documento para arrestar a Batti?

—En mi opinión, sí, pero antes me gustaría consultar con el fiscal a fin de evitar tropiezos legales.

—Me parece una buena idea —manifestó Creed, y su aquel momento sonó el teléfono.

Mary agarró el aparato. Instantes después, se lo tendía al joven:

—Para usted, Rob.

Creed tomó el teléfono. Inmediatamente reconoció la voz de Laura.

—Rob, venga, pronto; Batti está con...

Sonó un «click» que cortó el resto de las palabras de Laura. Creed se

quedó contemplando el aparato.

—¿Qué pasa? —preguntó Stuart.

—Me parece que a Laura Hobart le ocurre algo grave —respondió el joven, con el ánimo lleno de fúnebres presentimientos.

CAPÍTULO XV

Laura se disponía a salir de su camerino, cuando vio a Stanley Zagh recorrer el pasillo en dirección al despacho de Batti. Zagh no iba solo.

La curiosidad picó a la muchacha. Si se hubiera tratado de una chica bonita, Laura no habría sentido el menor interés por la acompañante de Zagh, pero se trataba de una mujer de cuarenta años aproximadamente, alta y de anchos hombros, con apenas más que el frondoso pelo rubio para recordar su sexo.

La mujer vestía con cierta desfasada elegancia y usaba zapatos casi planos. Era más alta aún que Laura, y parecía muy musculada.

Durante unos segundos, Laura se mantuvo irresoluta. Luego, tomando una decisión, salió del camerino y echó a correr hacia la puerta de Batti.

Pegó el oído a la puerta. Resultaba imposible escuchar nada.

Titubeó. Al fin se decidió y asió el pomo haciéndolo girar con infinita lentitud.

Empujó la puerta cosa de un centímetro. Una voz femenina, con claro acento extranjero, llegó a sus oídos:

—Señor Batti, creo que hemos perdido demasiado tiempo y dinero con usted. ¿Cuándo va a entregarnos la Miller Supplies?

—Doris, tenga calma un momento —rogó Batti—. Todo se andará...

—Usted parece paralítico —contestó ella despreciativamente—. Ni corre, ni anda ni nada. Tiene la fortuna de hallarse en los Estados Unidos; de estar en mi país, su suerte sería muy distinta, señor Batti.

—En cambio, usted se arriesga a perder la suerte, porque si continúa usted irritándose, le pegaré cuatro tiros y así me ahorraré para siempre sus malditos reproches.

—Hágalo, y verá cómo no vive más allá de dos días. Tengo amigos que me vengarían...

—¿Y de qué le serviría a usted, si estaría ya bajo seis palmos de tierra?

—Vamos, vamos, modérense —intervino el secretario, conciliador—. Discutan el asunto con calma y verán cómo llegan a un arreglo.

—Está bien —accedió Batti de mala gana—. Decíamos... ¡Stan, maldito tonto! —exclamó de repente—. ¿Cómo has podido dejarte abierta la puerta?

El secretario se sobresaltó. Volvió la cabeza y lanzó una interjección.

—Le juro que la dejé cerrada, jefe.

Avanzó hacia la puerta y terminó de abrirla. El pasillo estaba desierto.

Zagh se mordió los labios. Él no era hombre tan descuidado como para cometer un error semejante. Alguien había entreabierto la puerta para escuchar lo que se decía en el despacho.

Salió al pasillo y abrió una a una las restantes puertas. De pronto, oyó una voz femenina que decía:

—Rob, venga pronto; Batti está con...

La mano izquierda se apoyó sobre la horquilla del teléfono público adosado a la pared del pasillo y situado en la revuelta siguiente del mismo. Simultáneamente, la boca de un arma se apoyó en el cuello de Laura, bajo su oreja izquierda.

—Olvídese de su amigo, sea quien sea —dijo el secretario ceñudamente—. Ande, cuelgue ese teléfono.

Aterrada, Laura obedeció. Apenas lo había hecho, Zagh la agarró por el brazo izquierdo y tiró de ella, empujándola a lo largo de la siguiente sección del pasillo.

Instantes después entraban en el despacho. Doris frunció el ceño al ver a la muchacha.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó hostilmente.

—Hablabas con un tal Rob, jefe —explicó Zagh—. No sé quién diablos...

—¡Rob Creed! —exclamó Batti, lívido de ira, con los ojos fijos en Laura—. De modo que tú eres una espía de ese maldito investigador.

Laura hizo acopio de valor para dar una respuesta:

—Así es —confirmó.

Las pupilas de Batti despedían rayos de cólera.

—Zagh, tenemos que quitárnosla de en medio —dijo.

—Sí, pero habrá que esperar a que vuelvan Sharp y Anders. Están todavía en casa de Jerry Peak.

Batti señaló un sillón.

—Que se siente allí —ordenó—. Vigílala bien, Stan.

—Sí, jefe.

—Ahora, Doris, usted y yo podemos seguir hablando de nuestro asunto.

—Esa chica puede reconocirme —se quejó la mujer.

—No lo dirá a nadie, descuide —contestó Batti siniestramente. ¿Cree que su silencio no me conviene a mí tanto como a usted?

—Está bien... —Doris lanzó una recelosa mirada a Laura y luego bajó la voz—. Sigamos discutiendo el asunto de la Miller Supplies, señor Batti.

Los coches policiales se detuvieron ante la entrada del Funny Club. Con una acción bien concertada, los agentes saltaron de los vehículos y detuvieron a cuantos podían informar a Batti de su presencia en aquel lugar.

Stuart y Creed entraron en el local y se dirigieron rectamente hacia el

despacho de Batti. Creed llamó a la puerta.

Una mirilla se descorrió. Zagh lanzó una interjección a la vez que cerraba de nuevo.

—¡Jefe! —gritó—. ¡Es Creed, con el jefe Stuart!

Batti se puso lívido. Doris sacó una pistola de su bolso.

—Fueron unos torpes del principio al final —dijo hostilmente.

Los golpes se, repitieron en la puerta. Batti se levantó, dio la vuelta a la mesa y se acercó a la puerta, descorriendo ligeramente la mirilla.

—¿Qué diablos quieren aquí? —preguntó de mal humor.

—Sabemos que Laura Hobart está ahí —dijo Creed—. Déjala salir, y en cuanto a usted, también deberá hacer lo propio, con las manos en alto, así como Doris Karpp Felch y su secretario.

—¿Acaso me van a arrestar? —preguntó Batti.

—Así es, confirmó Stuart, situado a un lado de la puerta.

—No tienen motivo legal para...

—Hemos encontrado las pruebas que consiguió Jerry Peak, Batti.

Hubo un momento de silencio. Batti se volvió hacia su esbirro.

—Pero, ¿cuándo vienen esos dos estúpidos? —preguntó a media voz.

Creed oyó el susurro.

—Batti —dijo—, si está esperando a los dos tipos que envió a casa de Mary Peak, pierde el tiempo. Están en los calabozos de la jefatura.

Batti soltó una horrible maldición. Doris se acercó a la muchacha y apuntó a su frente con el revólver.

—Batti, dícales a esos polizontes que se retiren o mataremos a la chica —exclamó.

El dueño del local vaciló un instante. Luego dijo:

—Tenemos a Laura Hobart en nuestro poder. Si no se retiran, la mataremos.

* * *

Creed apretó los labios.

Era la reacción lógica de unos seres sin conciencia, metidos en un difícil aprieto. Batti era muy capaz de cumplir su promesa.

—Vamos, lárguense —insistió Batti.

—Voy a decirle una cosa —contestó el joven, con los labios pegados a un costado de la mirilla—. Si matan a Laura, yo los mataré a los tres, aunque haya cien policías rodeándoles. Le aconsejo que la deje libre, Batti; ganará mucho más de lo que cree.

—¡Ni lo sueñe, Creed! —contestó brutalmente el *gángster*.

Y cerró la mirilla.

Creed y Stuart se consultaron con la mirada.

—La situación es verdaderamente crítica —dijo el segundo—. Podríamos romper la mirilla con un hacha y lanzar gas lacrimógeno al interior —sugirió.

—Olvídalo. Tendría tiempo de matar a Laura.

—Entonces, no se me ocurre qué podemos hacer —confesó Stuart.

Al fondo del pasillo había dos policías de uniforme, con las armas a punto. Creed calculó que la puerta del despacho era lo suficientemente recia como para no ceder al primer embate.

De otro modo, la habría derribado, e irrumpido violentamente en el despacho. Ello hubiera provocado cierta confusión que habría resultado en beneficio del rescate de Laura.

La mirilla se abrió de nuevo.

—¿Todavía están ahí? —gritó Batti. Y, a modo de aviso, disparó dos tiros que fueron a perderse al final del pasillo.

Los policías se refugiaron en la otra sección. Creed y Stuart quedaron a ambos lados de la puerta.

—¡Batti! —gritó el joven—. Haga lo que haga, no vamos a ceder, ¿se entera?

—Muy bien, pero si vamos a morir, me llevaré a la chica por delante —contestó el *gángster*.

Zagh se acobardó.

—Jefe, deberíamos...

La mano de Batti le golpeó de repente en la boca, de revés, lanzándolo sobre un sillón.

—¡Cobarde! —le apostrofó—. ¿Quieres ir a parar a la cárcel para toda tu vida?

Zagh quedó en el sillón, sollozando de pánico. Sentíase aterrado al comprender que la situación en que se hallaban no tenía más que una salida, pese a las bravatas de Batti.

Y si Laura moría, aquel condenado detective, les mataría. A Creed no le importarían los tecnicismos legales. Harto lo sabía por propia experiencia.

De repente, se fijó en la ventana. Daba a un callejón posterior, muy poco iluminado. Tal vez por allí...

Se puso en pie, limpiándose los labios con gesto natural. De repente echó a correr hacia la ventana y levantó el bastidor.

—¡Alto! —gritó alguien afuera—. ¡No intenten salir!

Batti perdió los estribos y disparó dos veces a través del hueco. Una ametralladora contestó el fuego.

Zagh lanzó un horroroso alarido y se desplomó, arrojando caños de sangre por los orificios que dos balas habían abierto en su cuello. Otro proyectil rozó el dorso de la mano de Batti, quien lanzó una sonora maldición.

Creed oyó los disparos y corrió hacia la salida.

—Dink, haz que vigilen esta puerta —pidió.

Abandonó el local y dio la vuelta al edificio. Uno de los policías le informó:

—Alguien hizo fuego desde esa ventana y nosotros contestamos. Creo que hemos herido a alguien, pero no estamos seguros del todo.

Creed asintió ceñudamente. Las cortinas habían sido corridas después de los disparos, pero aun así se percibía un tenue cuadrado de luz.

El antepecho de la ventana estaba a dos metros sobre el suelo. Creed, empezó a estudiar el modo de entrar en el despacho, rápida y eficientemente.

De repente tomó una decisión.

Con aire resuelto, se quitó la chaqueta y se la entregó a uno de los agentes. Luego se inclinó y metió en los calcetines los bajos de las perneras de sus pantalones.

Acto seguido, sacó su revólver y le quitó el silenciador. Ya no era necesario. Comprobó la carga y lo volvió a la funda.

—Bueno —murmuró—. Ha llegado el momento de la acción.

Inspiró con fuerza, mientras retrocedía hasta la pared situada frente a la ventana. Los guardias le contemplan con infinita curiosidad.

De repente, se lanzó hacia adelante. Aceleró el paso con todas sus fuerzas, adquiriendo una enorme velocidad en los últimos tramos.

A dos metros de la ventana juntó los pies, tomó impulso y dio un enorme salto hacia arriba.

Su cuerpo cruzó la ventana meteóricamente, arrastrando en su caída las cortinas. Dentro de la estancia sonó un chillido femenino.

Creed rodó por el suelo, envuelto en las cortinas. Doris y Batti hicieron fuego contra aquel bulto de tela que se movía.

Laura aprovechó la ocasión y se escondió tras el sillón. El bulto de tela se había quedado inmóvil. Las cortinas tapaban también el cadáver de Zagh.

Batti se acercó al montón de tela con grandes precauciones. De repente, una mano salió de las cortinas y le golpeó en una de las piernas, haciéndole caer de espaldas.

El forajido lanzó un juramento. Doris se volvió, dispuesta a matar a Laura.

Un jarrón voló entonces por los aires, alcanzándola en pleno rostro. Doris lanzó un horrible chillido cuando el jarrón se rompió en cien cortantes pedazos, que llenaron de sangre su cara.

Batti luchaba por levantarse. Había perdido el revólver y consiguió recuperarlo.

Entonces vio a un hombre, en mangas de camisa, arrodillado ante él. Levantó el arma, pero el revólver de Creed escupió tres sonoros, fogonazos y Batti, tras una horrible convulsión, cayó de espaldas.

Creed se puso en pie. Arrodiada en el centro de la sala, Doris gemía enloquecidamente, con las manos en la cara, de la que se escurrían varios regueros de sangre, que le manchaban la garganta y el pecho.

Laura miró a Creed por encima del sillón. Creed vio esparcidos por el suelo los fragmentos del jarrón y sonrió.

—¿Has sido tú? —preguntó.

Laura estaba muy pálida.

—Ella se volvió para disparar contra mí —respondió—. Yo ya tenía en la mano el jarrón, para ayudarte...

Creed hizo un gesto de asentimiento. Luego cruzó el despacho y recorrió el pestillo.

Stuart y sus agentes irrumpieron en la estancia. Creed señaló a la mujer que todavía continuaba con sus gemidos.

—Ahí tienes a Doris Karpp Felch —indicó.

Stuart palmeó la espalda de su amigo.

—Ven a verme a mí oficina —dijo escuetamente.

—Sí —contestó Creed—. ¿Vamos, Laura?

* * *

—El FBI está tomando cartas en el asunto —dijo Stuart al día siguiente—. Andaban tras la pista de Doris, pero no habían podido localizar de un modo definitivo sus actividades. Ahora tienen en las manos todos los hilos de la trama.

—¿Qué le pasará? —preguntó Laura, presente en la entrevista.

—Aquí podríamos acusarla de intento de asesinato, pero el Departamento de Estado va a intervenir. A fin de cuentas, Doris pertenece a la representación diplomática de un país extranjero. Se armará un gran escándalo, desde luego, pero nosotros ya hemos hecho nuestra tarea. Mejor dicho, la has hecho tú, Rob.

Creed se encogió de hombros.

—Yo vine a ayudar a un amigo en apuros —respondió.

El jefe Stuart sonrió.

—Los amigos son para eso —dijo—. Y como tú te vas a ver ahora también en apuros, quiero ayudarte para que los resuelvas satisfactoriamente.

Al mismo tiempo que hablaba, tendía a Creed un papel de forma rectangular.

—¿Qué es eso? —preguntó el joven.

—Es el medio de sacarte de tus apuros, Rob.

—Pero yo no...

Stuart soltó una risita.

—Cuando un hombre se casa, siempre se ve metido en apuros —manifestó socarronamente—. Es el regalo de bodas del Departamento de

Policía de Álamo Springs y en nombre de la ciudad.

Creed sonrió y se volvió hacia Laura.

—¿Debemos aceptarlo? —preguntó.

—¡Pero si todavía no me has preguntado si quiero ser tu esposa! —exclamó ella.

—Eso es algo que se da por sentado —concluyó el jefe Stuart.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

“WESTERN”

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

— y —

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

“CIENCIA FICCION”

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género

en

25.000 PALABRAS

CONOZCA EN 25.000 PALABRAS LOS MAS IMPORTANTES TEMAS QUE APASIONAN AL HOMBRE DE HOY.

- 1.- LOS GRANDES MITOS de P. Hernández
- 2.- EL CUERPO HUMANO de A. Sanz
- 3.- LAS CRUZADAS de H. Laming
- 4.- EL MAR de T. Marlin
- 5.- LAS RELIGIONES de R. Coppel
- 6.- LA TELEPATIA de L. Sureda
- 7.- LAS HEREJIAS de M. Bonilla
- 8.- LA ENERGIA NUCLEAR de G. Gallien
- 9.- LA ESCLAVITUD de M. Senin
- 10.- LAS DOCTRINAS FILOSOFICAS de R. Gautier
- 11.- LA PENA DE MUERTE de J. Mas
- 12.- LA VIDA DE JESUCRISTO de C. Alcalde

Precio
10 PTAS.



EDITORIAL BRUGUERA S.A.

Mora la Nueva, 2 Barcelona (6) (España)

Impreso en España
Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.